This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

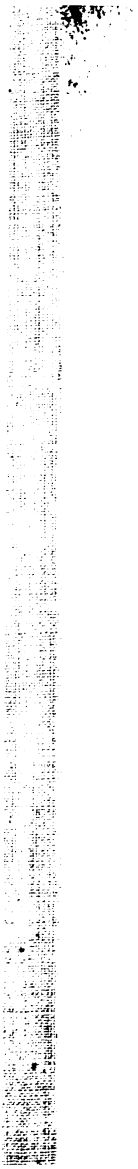
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Calderón

862.3
C14cg1b

GIFT OF

estate of Dr. Herman Knoche



TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

OBRAS ESCOGIDAS

A CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

CALDERÓN DE LA BARCA

STANFORD LIBRARY

MADRID

LA BIBLIOTECA

Periódico Científico-literario.

1903

862.3
C14cgl

PERSONAS

765593

DON FÉLIX, *galán.*
LISARDO, *galán.*
FABIO, *viejo.*
CALABAZAS, *lacayo.*
HERRERA.
LAURA, *dama.*
MARCELA, *dama.*
SILVIA, *criada.*
CELIA, *criada.*
LELIO, *criado.*

Criados.

La escena pasa en Ocaña.

MADRID.—IMPR. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

JORNADA PRIMERA

Campo á la entrada de la villa.

ESCENA PRIMERA

MARCELA *y* SILVIA *con mantos, como recatándose, detrás de* LISARDO *y* CALABAZAS.

MARC. ¿Vienen detrás nosotros?
SILV. Sí.
MARC. Pues párate.—Caballeros,
desde aquí habéis de volveros,
no habéis de pasar de aquí,
porque si intentáis así
saber quién soy, intentáis
que no vuelva adonde estáis
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplico que os volváis.
LIS. Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
difícilmente quisiera,
fija al Norte su luz clara,
que el imán no le mirara;

y el imán difícilmente
intentara que, obediente,
el acero le dejara.
Si el sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues, ¿cómo quedarme espero
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero?

MARC. A esa flor hermosa y bella,
término el día concede,
bien como esa piedra puede
concederlos una estrella;
y pues él se ausenta y ella,
no culpéis la ausencia mía,
decid á vuestra porfía,
piedra, acero ó girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de día.
Y quedáos aquí, porque
si este secreto apuráis,
y á saber quién soy llegáis,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fué
campaña de nuestro duelo;
y puesto que mi desvelo
me trae á veros aquí,
creed de mí que importa así.

LIS. De vuestro recato apelo,
señora, á mi voluntad;
y supuesto que sería
no seguiros cortesía,

también será necedad.
Necio ó descortés, mirad
cuál mayor defecto es;
veréis que el de necio, pues,
no es enmienda, y así; á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace que en este camino
ciego el amor os previno,
para ser mi salteadora;
tantas há que á aquella hora
os hallo á la luz primera,
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
que á hablaros llegara yo,
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero
con estilo lisonjero
áspid ya de sus verdores,
no deidad en sus primores,
desde entonces fuísteis: pues
áspid, que no deidad es
quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme que volviera
otra mañana á este prado,
y puntual mi cuidado
me trajo como á mi esfera.
No adelanté la primera
ocasión, porque bastante
no fué mi ruego constante
á que corriese la fe
(que adora lo que no ve)

ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo
lo que á vuestra luz no debo;
y así seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, ó ver
quién sois.

MARC. Hoy no puede ser;
y así dejadme por hoy,
que yo mi palabra os doy
de que muy presto saber
podáis mi casa, y entrar
y verme en ella.

CAL. *(A Silvia.)* Y á ella,
doncella de esa doncella
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infamar
mi alma), ¿hay cosa que la obligue
á taparse?

SILV. Y me sigue,
tengo por muy cierto...

CAL. ¿Qué?

SILV. Que me persigue, porque
quien me sigue, me persigue.

CAL. Ya sé el caso, ¡vive Dios!

SIL. ¿Qué va que no le declaras?

CAL. Muy malditísimas caras
debéis de tener las dos.

SILV. Mucho mejores que vos.

CAL. Y está bien encarecido,
porque yo soy un Cupido.

SILV. Cupido somos yo y tú.

CAL. Cómo?

SILV. Yo el pido, y tú el cu.

CAL. No me está bien el partido.

Marc. (*A Lisardo.*) Esto os vuelvo á asegurar
otra vez.
Silv. Pues ¿qué fianza
le dejáis á mi esperanza
de las dos que he de lograr?
Marc. (*Descubriéndose.*)
La de dejarme mirar.
Lis. Usar de esa alevosía,
para turbar mi osadía
ha sido traición, pues yo
viéndoos, ¿cómo os dejara
quien sin veros os seguía?
Marc. Quedad, pues, de mí seguro,
que en breve tiempo sabréis
mi casa, y entenderéis
cuánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.
Lis. Ya en seguiros soy de hielo.
Marc. Y yo sin algún recelo
(de que agradecida estoy,
por esta calle me voy).
Lis. Id con Dios.
Marc. Guárdeos el cielo.
(*Vánse los dos.*)

ESCENA II

Lisardo, Calabazas

Cal. ¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla, hasta saber
quién ha sido una mujer
tan embustera.
Lis. Es error,
Calabazas, si en rigor

ella se recata así,
seguirla.

CAL. ¿Eso dices?

LIS. Sí.

CAL. Vive Dios, que la siguiera
yo, aunque hasta el infierno fuera.

LIS. ¡Qué me debe, necio, dí,
de haber cuatro días hablado
conmigo en este lugar,
para darle yo un pesar,
de quien ella se ha guardado!

CAL. Debe el haber madrugado
estos días.

LIS. Ya que estamos
solos, y que así quedamos,
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer
discurramos.

CAL. Discurramos.
Díme tú, ¿qué has presumido
de lo que has visto y notado?

LIS. De estilo tan bien hablado,
de traje tan bien vestido,
lo que he pensado y creído
es, que ésta debe de ser
alguna noble mujer,
que, donde no es conocida,
disimulada y fingida,
gusta de hablar y de ver,
y por forastero á mí
para este efecto eligió.

CAL. Mucho mejor pienso yo.

LIS. Pues no te detengas, dí.

CAL. Mujer que se viene así
á hablar con quien no la vea,
donde ostentarse desea

bachillera é importuna,
que me maten si no es una
muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

LIS. ¿Y si la hubiera
visto yo, y un ángel fuera?

CAL. ¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido,
que volver á vivir quiere.

LIS. Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

CAL. ¿Luego crees que vendrá
mañana?

LIS. Si no viniere,
poco ó nada habrá perdido
la necia esperanza mía.

CAL. ¿El madrugar otro día
poca pérdida habrá sido?

LIS. El negocio á que he venido,
á madrugar me ha obligado;
no lo debo á este cuidado. (*Vanse.*)

Sala en casa de D. Félix.

ESCENA III

LISARDO, CALABAZAS, *y luego* D. FÉLIX, HERRERA

CAL. Cerca de casa vivió,
pues de vista se perdió
cuando á casa hemos llegado.

LIS. Y tarde debe de ser.

CAL. Sí, pues vistiéndose sale
quien á los dos nos mantiene,

sin ser los dos justas reales.
(*Salen D. Félix y Herrera.*)

LIS. D. Félix, bésoos las manos.

FÉL. El cielo, Lisardo, os guarde.

LIS. ¿Tan de mañana vestido?

FÉL. Un cuidado, que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descanse.
Pero vos, que os admiráis
de que á esta hora me levante,
¿no me dijísteis anoche
que á dar unos memoriales
habíais de ir á Aranjuez?
Pues ¿cómo á Ocaña os tornásteis
desde el camino?

LIS. Si bien
me acuerdo, regla es del arte
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden;
y puesto que á mi pregunta
fué la respuesta más fácil
un cuidado, de la vuestra
otro cuidado me saque,
que es quien á Ocaña me vuelve.

FÉL. Apenas ayer llegásteis,
¿y hoy tenéis cuidado?

LIS. Sí.

FÉL. Pues por obligaros antes
que me obliguéis á decirle,
este es el mío, escuchadme.

CAL. En tanto que ellos se pegan
dos grandísimos romances,
¿tendréis, Herrera, algo que
se atreva á desayunarme?

HER. Vamos hacia mi aposento,
Calabazas, que al instante

que hayáis vos entrado en él,
no faltará algo fiambre. (*Vase.*)

ESCENA IV

D. Félix, Lisardo

L. Bien os acordáis de aquellas
felicísimas edades
nuestras, cuando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordáis también
del libre, el glorioso ultraje
con que de Venus y Amor
traté las vanas deidades
de su hermosura y sus flechas
tan á su pesar triunfante,
que de rayos y de plumas
coroné mis libertades.
¡Oh, nunca hubieran, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse,
ó hubiera sido su golpe,
puesto que á todos alcance,
por costumbre solamente,
flecha disparada al aire,
y no por venganza, flecha
bañada en venenos tales,
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazón,
donde se alimenta áspid.
La primer vez que sentí

este golpe penetrante,
que sabe herir sin matar
(y aun esto es lo más que sabe)
en la juventud del año,
una tarde fué agradable
del Abril; pero, mal dije,
al alba fué. No os espante
ser por la tarde y al alba,
que con prestados celajes,
si bien me acuerdo, aquel día
amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí á caza, y empeñado
llegué, de un lance á otro lance,
al Real sitio de Aranjuez,
que, como poco distante
está de Ocaña, él es siempre
nuestro prado y nuestro parque.
Quise entrar á sus jardines,
sin saber qué me llevase
á ver lo que tantas veces
había visto, que esto es fácil
todo el tiempo que no asisten
al sitio Sus Majestades.
En el de la isla entré...
¡oh, cómo, Lisardo, sabe
la desdicha prevenirse,
el daño facilitarse!
Pues como la mariposa,
que halagüeñamente hace
tornos á su muerte, cuando
sobre la llama flamante
las alas de vidrio mueve,
las hojas de carmín bate;
así el infeliz, llevado

da su desdicha al examen,
ronda el peligro, sin ver
quien al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente
(que es un peñasco agradable,
donde, temiendo el diluvio
de sus cruzados cristales,
parece que van viniendo
á él todos los animales)
una mujer recostada
en la siempre verde margen
de murta, que la guarnece
como cenefa ó engaste
de esmeralda, á cuyo anillo
es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
su hermosura en el estanque
estaba, que puse duda
sobre si es mujer ó imágen,
porque como ninfas bellas
de plata bruñida hacen
guarda á la fuente, tan vivas,
que hay quien espera que hablen;
y ella miraba tan muerta,
que no pudo esperar nadie
que se pudiese mover;
la naturaleza al arte
me parece que decía:
«No blasones, no te alabes
de que lo muerto desmientes
con más fuerza en esta parte,
que yo desmiento lo vivo;
pues en lo contrario iguales,
sé hacer una estatua yo,
si hacer tú una mujer sabes,
ó mira un alma sin vida,

donde está con vida un jaspe.»
Al ruido que entre las hojas
hice (¡ay de mí!) por llegarme
á mirarla de más cerca,
del éxtasis agradable
(¡no fué de amor!) volvió
con algún susto á mirarme.
No me acuerdo si le dije
que ufana no contemplase
tanta beldad, por el riesgo
de ser de sí misma amante,
que donde hubo ninfa y fuente
no fué posible escaparme
del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
sin responderme volvió
la espalda, y siguió el alcance
de una tropa de mujeres,
que andaba más adelante,
midiendo de los jardines
ya los cuadros, ya las calles,
hasta que su pie llegó
á hacer á todos iguales,
porque al pequeño contacto,
flores produjo fragantes
tantas la arena, que ya
no pudo determinarse
si era calles, ó era cuadros
el jardín por todas partes;
pues fueron rosas después
las que eran veredas antes.
El traje que se vestía
era un bien mezclado traje,
ni bien de corte, ni bien
de aldea, sino á mitades,
de señora en el aliño,

de aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero
llevaba un rico plumaje,
á quien tuvieron acción
la tierra después y el aire,
por el matiz ó la pluma,
sobre si era flor ó ave.
Seguíla hasta que llegó
á la cuadrilla, que errante
coro tejido de ninfas,
á los templados compases
de hojas, pájaros y fuentes,
sonoramente suaves,
cada paso era un festín,
cada descuido era un baile.
A todas las conocía,
en fin, como naturales
de Ocaña, y sólo ignoré
quién era de mis pesares
la ocasión, que ya lo era,
porque desde el mismo instante
que la ví, sentí en el alma
todo lo que hoy siento. Nadie
diga que quiso dos veces;
que aunque aquí mire, allí hable,
aquí festeje, allí escriba,
aquí pierda y allí alcance,
no ha de querer más que una;
que no pueden ser iguales
en el mundo dos efectos,
si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban
con ella, pude informarme
de quién era, y hallé en ella
más calidad por su sangre,
que por su beldad. La causa

de no haberla visto antes,
fué por haberse criado
en la corte con su padre,
hasta que á Ocaña se vino,
porque viva donde mate.
No os digo que la serví
feliz y dichoso amante,
porque dichas que se pierden
son las desdichas más grandes;
solo digo que obligada
á mis finezas constantes,
á mis servicios corteses,
y á mis afectos leales,
merecí que alguna noche
por una reja me hablase
de un jardín, donde testigos
fueron de venturas tales
la noche y jardín, que solo
á los dos quise fiarme;
porque al jardín y á la noche,
que son el vistoso alarde,
ya de flores, ya de estrellas,
hiciera mal de negarles,
á las unas lo que influyen,
y á las otras lo que saben;
puesto que estrellas y flores
siempre, en amorosas paces
enlazadas unas de otras,
serán terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
la fortuna de mi parte,
viento en popa, del amor
corrí los inciertos mares,
hasta que el viento mudado
levantaron huracanes
de una tormenta de celos,

montes de dificultades.
Tormenta de celos dije;
ved, si alguna vez amásteis,
¿qué esperanza hay del piloto?
¿qué seguro de la nave?
Bien creeréis, Lisardo, bien,
cuando así escuchéis quejarme
de los celos, que soy yo
quien los tiene; no os engañe
el afecto de sentiros
desta suerte, porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efectos tales,
que me matan dados, como
tenidos pueden matarme.
¡Oh! ¿á qué nacen los que á ser
dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,
á quien yo rendido amante
festejé un tiempo; ésta, pues,
por darme muerte y vengarse,
se ha declarado con ella,
fingiendo finezas grandes
que á mi amor debe. ¡Ay, Lisardo,
qué prontamente, qué fácil
en los celos las mentiras
sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
tal, que aun para disculparme
no permite que la vea,
no me deja que le hable.
Mirad, pues, si este cuidado
consentirá que descanse,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males,
muerto de tantos disgustos,

lleno de tantos pesares;
y, finalmente, teniendo
sin culpa ofendido á un ángel,
pues el padecer sin culpa
es la desdicha más grande.

LIS. D. Félix, aunque los celos,
de quien así os quejáis, basten
á dar pesadumbre dados,
en no ser tenidos traen
anticipado el consuelo,
que el dolor es tan distante
desde darlos á tenerlos,
cuanto hay de ser un amante
la persona que padece,
ó la persona que hace.
Con lástima empecé á oiros
cuando los celos nombrásteis;
mas cuando dijísteis que eran
engaños y no verdades,
la lástima se hizo envidia,
porque no hay gusto tan grande
cuando hay desengaño, como
hacer damas y galanes,
ó paces para reñir,
ó reñir para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama,
que yo sé, aunque más se guarde,
pues ella tiene los celos,
que ella está en aqueste instante,
más que vos desengañarla,
deseando desengañarse.

ESCENA V

MARCELA Y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detrás de ella.*—LISARDO, D. FÉLIX.

MARC. *(Ap. á Silvia.)*
Por esta puerta, que al cuarto
de mi hermano, Silvia, sale
desde el mío, á verle vengo,
porque aunque él está ignorante
de que he salido hoy de casa,
con esto he de asegurarle.
SILV. Detente, que está con él
el tal huésped, y ya sabes
que no quiere mi señor
que llegue á verte ni hablarte.
MARC. Y aun esa fué mi desdicha.
Oigamos desde esta parte.
LIS. Y si en tanto que este gusto
llega, queréis que yo trate
de divertiros, pues fué
concierto que os escuchase
un cuidado, y que os dijese
el mío, oidme, escuchadme.
MARC. Oye.
LIS. Después que troqué
el hábito de estudiante
al de soldado, la pluma
á la espada, la suave,
tranquila paz de Minerva
al sangriento horror de Marte,
la escuela de Salamanca

á la campaña de Flandes,
y después, en fin, que hube
(sin valedor que me ampare)
merecido una gineta,
premio á mis servicios grande,
por haberme reformado
entre otros capitanes,
ya la campaña acabada
(que no me viniera antes)
pedí licencia y partí
á España, por ver si honrarme
merezco el pecho con una
de las cruces militares,
que sobre el oro del alma,
son el más noble realce.
Con esta pretensión vine,
y Su Majestad, que guarde
el cielo, para que sea
Fénix de nuestras edades,
remitió mi memorial,
á tiempo que á desahogarse
de molestias cortesanas
vino á Aranjuez, admirable
dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
de serlo, si la más bella,
la más pura, más fragante
flor, la flor de lis, la reina
de las flores, tras sí trae
cuantas á envidia del sol
rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la corte, traído
más de mi afecto constante
que de mi necesidad:
porque de ministros tales
hoy el Rey se sirve, que

no es al mérito importante
la asistencia, porque todos
acudir á todo saben;
gracias al celo de aquel,
con quien el peso reparte
de tanta máquina, bien
como Alcides con Atlante;
llegué, en efecto, á Aranjuez,
donde vos me visitásteis
en una posada, y viendo
tan incómodo hospedaje
como tienen en los bosques
escuderos y pleitantes,
que me viniese con vos
á Ocaña me aconsejásteis;
pues los días de la audiencia,
dos leguas era tan fácil
andarlas por la mañana,
y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto, más
que por mis comodidades,
obedecí. Todo esto
ya vuestra amistad lo sabe;
pero importa haberlo dicho,
para que de aquí se enlace
la más extraña novela
de amor, que escribió Cervantes.

MARC. *(Ap.)* Aquí entro yo ahora.

LIS. Un día,
que madrugué vigilante,
por llegar antes que el sol
nuestro horizonte rayase
junto á un convento, que está
de Ocaña poco distante,
entre unos álamos verdes
ví una mujer de buen aire.

Saludéla cortesmente,
y ella, antes que yo pasase,
por mi nombre me llamó.
Volví en oyendo nombrarme,
y diciendo á Calabazas
que con el rocín me aguarde,
llegué diciendo: «Dichoso
el forastero á quien saben
su nombre las damas!» Y ella,
con más cuidado en taparse,
me respondió á media voz:
«Caballero de esas partes,
no es forastero en ninguna.»
Y añadió favores tales,
que me obliga la vergüenza,
por mí mismo, á que los calle;
porque no sé cómo hay hombres
tan vanos, tan arrogantes,
que de que ha habido mujeres
que los buscaron, se alaben.

SIL. *(Ap.)* El cuenta nuestro suceso.

LIS. ¡Oh, quién pudiera estorbarle,
antes que en Félix las señas
alguna malicia causen!

FÉL. Proseguid.

LIS. Ella, en efecto,
siempre embozado el semblante,
me despidió con decirme
que, como no examinase
quién era, ni la siguiese,
otro día estaría á hablarme.
Seis veces, pues, corrió al sol
las cortinas orientales
sumiller el alba, y seis
tapada hallé entre unos sauces
esta mujer. Yo, enfadado

de recato semejante,
determiné de seguirla
hoy cuando á Ocaña tornase;
pero no pude, porque
volviendo ella por instantes,
me vió y no quiso pasar
de la vuelta desta calle.

FÉL. ¿Desta calle?

LIS. Y á la cuenta
vive hacia aquí, que al instante
la perdí de vista. Aquí
me dijo que la dejase
otra vez, porque su vida
aventuraba mi examen.

FÉL. ¡Extraña mujer!

MARC. *(Ap.)* Ya es fuerza
que las señas me declaren.

FÉL. Proseguid.

LIS. Yo, pues...

ESCENA VI

CELIA, *con manto.—Dichos.*

CEL. D. Félix,
¿podrá una mujer aparte
hablaros?

FÉL. Pues ¿por qué no?

MARC. *(Ap.)* ¡Oh, á qué buen tiempo llegaste,
mujer ó ángel, para mí!

FÉL. Luego irá el cuento adelante;
permitid ahora, por Dios,
que con esta mujer hable,

que es criada de la dama
que os dije.

LIS. Pues que me maten,
si ello no es lo que yo he dicho.
Ved el recato que os trae,
y adios, porque para estotro
no importa que tiempo falte. (*Vase.*)

ESCENA VII

D. FÉLIX, CELIA.—MARCELA Y SILVIA, *ocultas.*

FÉL. ¿Era hora de vernos, Celia?
CEL. No te admires ni te espantes
que no me atreva á venir
á verte, porque si sabe
mi señora que te he visto,
no habrá duda que me mate.
FÉL. ¿Tan cruel conmigo está?
CEL. Viniendo yo hacia esta parte
á un recado, no he querido
dejar de verte y hablarte.
FÉL. Y ¿qué hace tu hermoso dueño?
CEL. Sentir, es lo más que hace,
tu ingratitud.
FÉL. ¡Plegue á Dios,
si la ofendí, que El me falte!
CEL. ¿Por qué á ella no se lo dices?
FÉL. Porque no quiere escucharme.
CEL. Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera á llevarte
donde la hablaras.
FÉL. ¡Ay, Celia,
no habrá mármol que así calle!

CEL. Pues vente agora conmigo;
yo haré una seña si sale
mi señor, y dejaré
la puerta abierta; tú entrarte
hasta su cuarto podrás.
FÉL. Dasme nuevo aliento, dasme
nueva vida.
CEL. Aquesta es
la hora mejor; mas no aguardes,
vente tras mí.
FÉL. Tras tí voy.
CEL. *(Ap.)* ¡Ay bobillos, y qué fácil
á la casa de su dama
es de llevar un amante!
(*Vanse D. Félix y Celia.*)

ESCENA VIII

MARCELA, SILVIA (*Salen.*)

MARC. ¡Yo salí de lindo susto!
SIL. Pues ¿cómo afirmas que sales,
si luego han de verse, y luego
proseguirá el cuento?
MARC. Antes
lo habré remediado.
SILV. ¿Cómo?
MARC. Escribiéndole que calle
hasta que se vea conmigo,
y esto ha de ser esta tarde.
SIL. ¿Declarada por quién eres?
MARC. ¡Jesús, el cielo me guarde!
SILV. ¿Pues qué has de hacer?
MARC. ¿No es mi hermano

de Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he de declararme
con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el más extraño lance
de amor, porque yo fingida...
Pero no quiero contarle,
que no tendrá después gusto
el paso, contado antes. (*Vanse.*)

Casa de Fabio

ESCENA IX

LAURA, FABIO

FAB. Notable es la tristeza
que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos días,
que entregada (¡ay de mí!) á melancolías
tales, á todas horas
triste suspiras y rendida lloras?

LAUR. Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal (*Ap.* á Dios pluguiera
no lo supiera tanto),
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces el sabella
el primer aforismo de vencella.
Pero la pena mía
es, señor, natural melancolía,
y así el efecto hace,
sin que llegue á saber de lo que nace,
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolía y la tristeza.

Fab. No sé lo que te diga
sino que á tanto tu dolor obliga,
que rigoroso y fuerte,
padeces tú el dolor, y yo la muerte;
pues ya vivir no espero,
mientras tan triste á tí te considero. (*Vase.*)

ESCENA X

Laura

¿Qué haré yo, que rendida,
á pesar de mi vida,
vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Mas bien se deja ver que estos son celos,
porque una ardiente rabia
que el sentimiento agravia,
una rabiosa ira
que la razón admira,
un compuesto veneno
de que el pecho está lleno,
una templada furia
que el corazón injuria,
¿qué áspid, qué mónstruo, qué animal, qué fiera,
fuera ¡ay, Dios! que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos,
la hidra de los celos?
Pues ellos solos son á quien los mira,
furia, rabia, veneno, injuria é ira.
¡Oh, quién antes supiera
aquella voluntad, Félix, primera,
tuya, que no empeñara
tanto la mía, que hasta el fin llegara!
Pues aunque no sabía

de amor, cuando tan libre (¡ay, Dios!) vivía,
tampoco no ignoraba,
que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.
Quiere á Nise en buen hora,
pero déjame á mí morir.

ESCENA XI

CELIA.—LAURA

CEL. Señora.
LAUR. Celia, ¿qué hay?
CEL. Que he hecho
mi papel, y sospecho
que no muy mal; ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba
á un recado, y que acaso
pasando por su calle, aunque de paso,
le quise ver. Con un suspiro entonces,
que ablandara los mármoles y bronces,
me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecíle luego
tu enojo, y que si acaso tú supieras
que le había ido á ver, muerte me dieras;
y como que salía
de mí, le dije: por qué no venía
por instantes á darte
satisfacciones y desenojarte.
Dijo, que porque estabas
tal, que no le escuchabas;
díjele que viniera;
que yo, aunque á tanto riesgo me pusiera,
hasta tu mismo cuarto le entraría,
con tal que no dijese en algún día

que yo le había traído.
Juró el secreto, y muy agradecido,
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña; vóila á hacer, pues no está en casa
mi señor. Esto es todo lo que pasa.

LAUR. Llámale, pues, que aunque de Nise creo
los celos que me da, tanto deseo
ver cómo se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa;
(*Vase Celia.*)
pues la que más celosa
se muestra, más colérica y furiosa,
más entonces desea
satisfacciones, aunque no las crea,
que es dolor el de celos tan extraño
que se deja curar aun del engaño;
pues cuando el desengaño no consiga,
conseguiré á lo menos que él lo diga.

ESCENA XII

CELIA, D. FÉLIX.—LAURA

CEL. *(Ap. á D. Félix.)* Fuera está de casa Fabio,
mi señor; el tiempo es este
mejor para entrar á hablarle.
FÉL. Vida y ventura me ofreces.
CEL. Disimula que llamado
de mí á entrar aquí te atreves.—
Señor D. Félix, ¿qué es esto?
¿Cómo os entráis...
FÉL. Celia, tente.
CEL. Hasta aquí?

FÉL. Celia, por Dios,
que calles.
LAUR. ¿Qué ruido es ese?
CEL. ¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
se ha entrado el Sr. D. Félix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú...
LAUR. Caballero,
pues ¿qué atrevimiento es este?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
os entráis de aquesta suerte?
FÉL. Como quien morir desea
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer feliz mi muerte.
LAUR. *(A Celia.)* Tú tienes la culpa desto.
CEL. ¿Yo, señora?
LAUR. Si tuvieses
cerrada esa puerta tú...
CEL. Cerrada estaba.
FÉL. No tienes
que reñir á Celia, que ella
de mi error, ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa,
ríñeme á mí solamente;
castígame solo á mí,
si no es ya que á reñir llegues
á Celia, por la costumbre
con que la inocencia ofendes.
LAUR. Dices bien: error es mío
de que me he dejado siempre
llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,

no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ella ido á verte
á la tuya, yo cruel,
colérica é impaciente,
inocente te persigo,
que eres tú muy inocente.
Y siendo así que yo soy
tan desigual, tan aleve,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿qué me quieres?

FÉL. Solo quiero persuadirte
al engaño que padeces
de tus celos.

LAUR. ¿Quién te ha dicho
que yo tengo celos, Félix?

FÉL. Tú misma te contradices.

LAUR. ¿De qué suerte?

FÉL. De esta suerte.
O tienes celos, ó no;
si dices que no los tienes,
¿para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
celoso la espalda vuelve?
Luego para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes, has de oirme,
ó hablarme si no los tienes.

LAUR. Si fuera argumento tal,
que negarse no pudiese,
quien está enojada está
celosa, muy sutilmente
arguyeras: mas si no
se sigue precisamente,

pues puedo estar enojada,
sin que á estar celosa llegue,
ni yo tengo que escucharte,
ni tú que decirme tienes.

FÉL. Pues ¡vive Dios! que has de oirme
antes que de aquí me ausente,
celosa ó quejosa.

LAUR. ¿Iraste
si te oigo?

FÉL. Sí.

LAUR. Pues dí, y vete.

FÉL. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise...

LAUR. Oye, detente.
Y ¿es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, cuando aguardaba
mil rendimientos corteses,
mil finezas amorosas,
fuesen verdad ó no fuesen,
que hay duelos de amor, adonde
queda bien puesto el que miente,
decirme en mi misma cara
que á Nise has querido? Advierte
que con lo mismo que piensas
que desenojas, ofendes.

FÉL. Si no me oyes hasta el fin...

LAUR. ¿Desto disculparte puedes?

FÉL. Sí.

LAUR. (*Ap.*) ¡Plegue á amor!

FÉL. Oye, pues.

LAUR. ¿Iráste?

FÉL. Sí.

LAUR. Pues dí, y vete.

FÉL. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error;

mas pensar tú que este amor
es como el que te he tenido,
mayor error, Laura, ha sido;
pues si á Nise un tiempo amé,
no fué amor, ensayo fué
de amar tu luz singular,
que para saber amar
á Laura, en Nise estudié.

LAUR. A ciencias de voluntad
les hace el estudio agravio,
pues amor, para ser sabio,
no va á la Universidad;
porque es de tal calidad,
que tiene sus libros llenos
de errores propios y ajenos;
y así en su ciencia verás,
que los que la cursan más,
son los que la saben menos.

FÉL. Pues explíqueme mejor
otro ejemplo: nace ciego
un hombre, y discurre luego
cómo será el resplandor
del sol, planeta mayor,
que rumbos de zafir gira;
y cuando por fe le admira,
cobra en una noche bella
la vista, y es una estrella
la primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
de la estrella, dice: «Sí,
este es el sol, que yo así
tengo imaginado al sol»;
pero cuando su arrebol
tanta admiración le ofrece,
sale el sol y le obscurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá

una estrella, que se va,
á todo un sol que amanece?
Yo así, que ciego vivía
de amor, cuando no te amaba,
como ciego, imaginaba
cómo aquel amor sería;
adoraba lo que vía,
presumiendo que era así
el amor; mas ¡ay de mí!
que no ví al sol, ví una estrella,
y entretúveme con ella,
hasta que el sol mismo ví.

LAUR. Eso no; pues si me doy
por entendida contigo,
que Nise fué mi sol digo,
y que yo su estrella soy.
Pruébolo, pues si yo estoy
contigo la noche fría,
y ella de día te envía
á llamar, y estás con ella,
¿quién será el sol ó la estrella?
¿Cuya es la noche ó el día?

FÉL. ¡Vive Dios, Laura, que son
engaños tuyos, y plegue
al cielo, que si la he visto,
que un rayo me dé la muerte,
desde que á Ocaña viniste!
¿Qué más desengaños quieres
de lo que cuenta de mí,
que escuchar que ella lo cuente,
pues es el mayor desaire
del duelo de las mujeres,
confesar sus celos, donde
lo escucha de quien los tiene?

LAUR. Yo sé que han sido verdades,
y no engaños aparentes.

ÉL. ¿De qué lo sabes?
AUR. De que
es mal que á mí me sucede,
y no puede ser mentira;
porque de los males suele
decirse, Félix, que fueron
astrólogos excelentes,
porque siempre adivinaron,
y dijeron verdad siempre.
ÉL. Por lo menos, ya confiesas
que son celos, y los sientes.
AUR. Si me estás dando tormento,
¿es mucho que los confiese?
ÉL. Si tanto aprietan fingidos,
ciertos, ¿qué?...
EL. Mi señor viene.
AUR. Vete por aquesa puerta
de esotro cuarto, pues tiene
puerta á la calle.
ÉL. Dí, ¿cómo
quedamos?
AUR. Como quisieres.
ÉL. Yo querré desenojada...
AUR. A verme esta noche vuelve,
que quiero verte esta noche,
aunque de Nise me acuerde.
ÉL. ¡Ay, Laura, cuánto te engañas!
AUR. ¡Ay, cuánto me agravias, Félix!
EL. ¡Ay, cuánto no sirve una
casa que dos puertas tiene!

FIN DEL ACTO PRIMERO

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

LAURA, CELIA, *por una puerta, y por otra* MARCELA, *con manto,* HERRERA.

LAUR. Tú seas muy bien venida
á esta casa.
MARC. Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.
LAUR. Con tal visita, ya es fuerza
que lo esté.
MARC. Yo pienso antes,
que te has de hallar mal con ella,
que vengo á darte cuidado.
LAUR. Yo le tengo, hasta que sepa
en qué te puedo servir.—
Llega aquesas sillas, Celia,
que aquí estaremos mejor
que en el estrado.
HER. Quisiera
saber á qué hora vendré.
MARC. Al anochecer, Herrera,
podrá venir.
HER. El sereno
á esa hora tiene más fuerza. (*Vase.*)

ESCENA II

LAURA, MARCELA, CELIA

MARC. Mi amiga eres, Laura hermosa,
á quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio;
pues ¿de quién con más certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?
LAUR. Con tan grandes prevenciones
la proposición empiezas,
que ya, más que tú decirla,
estoy deseando saberla.
MARC. ¿Estamos solas?
LAUR. Sí estamos.
Celia, salte tú allá fuera.
MARC. No importa que Celia lo oiga.
LAUR. Prosigue, pues.
MARC. Oye atenta.
Mi hermano D. Félix, Laura,
por amistad que profesan
él y un noble caballero
desde sus edades tiernas,
le trajo á casa estos días,
que Aranjuez, sagrada esfera
del cuarto Felipe, cifra
la luz del cuarto planeta.
Ese hospedaje, en efecto,
fué con tan vana advertencia,
que para traerle á casa,
la primer cosa que ordena
es que retirada yo

á un cuarto pequeño della,
les deje á los dos el mío,
y que tal recato tenga,
que escondida siempre dél,
ni alcance, Laura, ni entienda
que vivo en casa, que así
(¡mas qué acción tan poco atenta!)
pensó sanear la malicia
de que Ocaña no dijera
que traía á casa un huésped
tan mozo, teniendo en ella
una hermana por casar;
y fué aquesto de manera,
que retirada á este cuarto
que te he dicho, aun una puerta
que sale al cuarto de Félix
(porque nunca presumiera
que había más casa), la hizo
cubrir con una antepuerta,
y por ella á aderezarle
solo Silvia sale y entra.
Dejemos, pues, á Lisardo,
que, sin que jamás entienda
que hay mujer en casa, vive
con este descuido en ella.
Dejemos también á Félix,
que con esto solo piensa
que curó en salud el daño
de que me hable y que me vea,
y vamos á mí, que viendo
la prevención con que intenta
mi hermano ocultarme, hice
de la prevención ofensa,
porque no hay cosa que tanto
desespere á la más cuerda,
como la desconfianza.

¡Cuánto ignora, cuánto yerra
en esta parte el honor!
Que es como el que olvidar piensa
una cosa, que el cuidado
de olvidarla es quien la acuerda;
es como el que desvelado
se quiere dormir por fuerza,
que llamando al sueño, es
el sueño quien le despierta,
y es como el que halla en un libro
borradas algunas letras,
que por solo estar borradas,
le da más gana de leerlas.
Este recato, en efecto,
en Félix mi hermano; esta
curiosidad, Laura, en mí,
ó este destino en mi estrella,
despertaron un deseo
de saber si el huésped era,
como gallardo, entendido,
cosa que quizá no hiciera
á no habérmelo vedado;
que, en fin, la culpa primera
de la primera mujer,
esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
hablarle, sin que supiera
quién era la que le hablaba,
fuí una mañana á esas huertas,
paso de Aranjuez, por donde
había de pasar por fuerza.
Llaméle, pensando, Laura,
que el hablarle no tuviera
mayor empeño que hablarle
por curiosidad ó tema.
Mas ¡ay! que es fácil la entrada,

cuanto difícil la vuelta
del más hermoso peligro!
Dígalo el mar desde afuera,
convidando con la paz
á cuantos á verle llegan,
cuando jugando las ondas
unas con otras se encuentran;
pues el que más confiado
pisó su inconstante selva,
ese lloró más perdido
la saña de sus ofensas.
Yo así apacible juzgué
el mar de amor; pero apenas
reconocí sus halagos,
cuando sentí sus violencias.
Pensarás que este cuidado
solo alcanza, solo llega
á hallarme hoy enamorada;
pues más mal hay que el que piensas,
porque de amor y de honor
estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo á D. Félix
(que yo detrás de la puerta,
que te he dicho, lo escuchaba)
de todo le daba cuenta,
si (no importa declararme)
no se lo estorbara Celia.
Doblada quedó la hoja,
y temo que por las señas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
con que le hablé, ó por haber
seguídome hasta tan cerca
de casa, puedan en Félix
moverse algunas sospechas,
y así antes que el discurso

á enlazarse, Laura, vuelva,
me importa hablar á Lisardo:
para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
en que le digo que venga
á verme á esta casa, donde
yo he de estar...

LAUR. Detente, espera,
que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
de la amistad; pues primero
que á ese Lisardo escribieras,
ni á mi casa le llamaras,
debieras mirar, debieras
advertir desde la tuya,
los inconvenientes desta.

MARC. Ya, Laura, los he mirado,
sin que corran por tu cuenta.

LAUR. ¿De qué manera? Si yo...

MARC. Escucha de qué manera.
Tu casa tiene dos cuartos,
y del uno cae la puerta
á otra calle; á Silvia dije
que le trajese por ella;
de suerte que entrando, Laura,
por donde saber no pueda,
en fin, como forastero,
si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAUR. Arriesgo el que lo pregunte,
y lo que hoy no sabe, sepa
mañana, y piense que yo
soy la tapada.

MARC. Que adviertas,
te pido, que yo he de estar
de visita y descubierta,
como si fuera mi casa,

dentro de la tuya mesma.

LAUR. Cuando el verte á tí me libre
á mí con esa cautela,
¿cómo me podré librar
del peligro de que venga
mi padre, y halle aquí un hombre?

MARC. ¿Luego ha de venir por fuerza
hoy, y luego han de cogernos
en el primer hurto? Esta
fineza has de hacer por mí,
pues es tan digna fineza
de tu sangre y mi amistad.

LAUR. (*Ap.*) ¡Oh, quién decirle pudiera
el tercer inconveniente,
pues no es el de menor pena
que acierte á venir D. Félix,
y me halle á mí hecha tercera
de su hermana y de su amigo!

ESCENA III

SILVIA, *con manto.—Dichas.*

SILV. A Ocaña he dado mil vueltas
hasta hallarle.

MARC. Silvia, ¿qué hay?

SILV. Que dí tu papel, y apenas
le leyó, cuando tras mí
vino, y queda ya á la puerta
que me dijiste.

MARC. Ya, Laura,
no hay como excusarte puedas.

LAUR. De mala gana te sirvo
en esto.

MARC. Quítame, Celia,

este manto; llama, Silvia,
tú á Lisardo, y tú no quieras
(*Vase Silvia.*)
verle, que eres muy hermosa
para criada.

LAUR. Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
Marcela; mira por ella.
(*Ap.*) ¡Oh, á qué de cosas se obliga
quien tiene una amiga necia! (*Vase.*)

ESCENA IV

SILVIA, LISARDO.—MARCELA

SILV. Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta véis.

LIS. ¿Quién vió dicha como esta?

MARC. Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
de que iría mi cuidado
á buscaros.

LIS. Mi temor
confieso, y que la esperanza
desta ventura perdí,
que siempre andar juntos ví
fortuna y desconfianza.

MARC. Aunque es verdad que pudiera
hoy, por el gusto de hablaros,
señor Lisardo, llamaros
á mi casa, no lo hiciera,
á no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LIS. ¿Descuido contra vos?
MARC. Sí,
de que me importa advertiros.
LIS. Si vos misma disculpáis
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa que le digáis,
porque no vuelva á incurrir
en lo que ignorante estoy.
MARC. ¿A quién empezásteis hoy
nuestro suceso á decir,
que os estorbó una criada
la relación?
LIS. Ya os entiendo,
y aunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada,
porque mujer que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido;
mujer que se guarda así
de un hombre, de quien yo soy
amigo; mujer que tiene
criada en su casa, que viene
con las nuevas que le doy...
harto callando le digo,
harto con irme le muestro,
porque antes que galán vuestro
fuí de D. Félix amigo.
MARC. Habéis sin duda pensado,
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Félix soy,
pues estáis muy engañado;
y esto me habéis de creer,
si algo cree quien dice que ama,
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LIS. Si los principios negáis,
mal argumento tenéis.
¿De quién mi nombre sabéis,
y de mí informada estáis?
¿De quién, pues, habéis sabido
(decir puedo en un momento)
lo que en su mismo aposento
á los dos ha sucedido?

MARC. Para que aquí se concluya
lo que á dudar os obliga,
sabed que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.
Esta hablando, pues, conmigo
de Félix, nuevas me dió
de vos, porque en vos habló
como de Félix amigo;
y aunque él es tan caballero,
en nadie un secreto cupo
mejor que en quien no le supo;
y así suplicaros quiero
que á D. Félix no le déis,
señor, más señas de mí,
ni le digáis que yo os ví,
ni que mi casa sabéis,
porque me van, en rigor,
á una sospecha creída,
hoy por lo menos la vida,
y por lo más el honor.

LIS. Bien pensaréis que ha cesado
de mis dudas la razón,
y antes mayor confusión
es la que me habéis dejado,
porque si no sois...

ESCENA V

CELIA, *después* LAURA.—*Dichos.*

CEL. Señora.
MARC. ¿Qué hay, Celia?
CEL. Que mi señor
viene por el corredor.
MARC. (*A Celia.*) Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?
CEL. No, que viene
por la puerta que él entró,
y saber que hay otra no
es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.
LIS. ¿Qué haré?
CEL. Esconderos es forzoso
en esta cuadra.
LIS. Dudoso
estoy.
MARC. Presto, que si os ve...
LIS. ¡Vive Dios, que estoy perdido!
(*Escóndese en un aposento.*)
(*Sale Laura.*)
MARC. Cercada de penas muero.
LAUR. ¿Ves, Marcela? En el primero
hurto al fin nos han cogido.
¡En buena ocasión me has puesto!
MARC. ¿Quién pudiera prevenir
que ahora hubiese de venir
tu padre?

ESCENA VI

FABIO. — *Dichas.*

FAB. Celia, ¿qué es esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles, por dicha, tener?
LAUR. Vínome Marcela á ver,
y por estar esa puerta
la más cerca de una casa
adonde ella estaba, yo
la hice abrir; por ella entró,
y quedóse así; esto pasa.
FAB. Perdonad, bella Marcela,
que como la luz del día
ya se va á poner, no os vía.
LAUR. (*Ap.*) ¡Gran daño el alma recela!
CEL. (*Ap.*) ¡Qué confusión! (*Vase.*)
SILV. (*Ap.*) ¡Qué temor!
MARC. Yo, habiendo ahora sabido
la tristeza que ha tenido
Laura, me trajo mi amor
á verla, y ver si merezco
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.
LAUR. Son tantas las que padezco,
que me añade más dolor
el remedio prevenido,
y antes pienso que has venido
á hacérmele tú mayor;
que crece con el remedio
este accidente.
FAB. No sé

qué te diga, ni sabré
hallar á tus males medio.—
Hola, traed luces aquí.

ESCENA VII

CELIA, *con luces que pone sobre un bufete;* HERRERA.— *Dichos.*

CEL. Ya aquí las luces están.
HER. Las ocho y media serán.
Habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora.
¿No es de recogernos hora?
MARC. Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado; *(Ap. á ella.)*
pero escusarle no puedo.
LAUR. Yo, en en fin, á pagar me quedo
las culpas que no he pecado.
MARC. ¿Qué puedo hacer? (¡Ay de mí!)
Dame licencia.
FAB. Yo iré
sirviéndoos.
MARC. No hay para qué
me tratéis, señor, así.
Quedad con Dios.
LAUR. *(Ap. á Marcela.)* Mejor es
dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que aquí queda.
FAB. Yo tengo de ir con vos.
MARC. Pues
me honráis tanto, replicar
á vuestra gran cortesía,
pareciera grosería.

FAB. La mano me habéis de dar.
MARC. Sois tan galán, que no puedo
negaros ese favor.
(Vanse Fabio, Herrera y Silvia.)

ESCENA VIII

LAURA, CELIA

LAUR. ¿Hay, Celia, pena mayor
que la pena con que quedo?
¿Quién creerá, que yo encerrado
aquí tengo un hombre que
no conozco? Y si me ve,
quedará desengañado
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa.
CEL. Todo cuanto aquí nos pasa,
fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor;
retírate tú de aquí;
yo le sacaré de allí
sin que pueda del error
en que está, desengañarse;
pues él sin veros se irá
ni á tí ni á Marcela.
LAUR. Ya
solo falta efectuarse.
La puerta abre; mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala ruido.
CEL. Ya es otro el inconveniente.

ESCENA IX

D. Félix.—Laura, Celia

Fel. Apenas la sombra fría
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando á tu puerta me hallaron
las estrellas, que el deseo
tanto anticipa las horas,
que á verte á estas horas vengo
haciendo tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo.
Ví que mi hermana salía
de tu casa, y advirtiendo
que tu padre la acompaña,
á entrar hasta aquí me atrevo,
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento,
el verte desenojada.

Laur. Pues no haces bien, si es que advierto,
que un enojo apenas quitas,
cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podía tardar
(*Ap.* Apenas á hablarle acierto)
en recogerse la casa,
que temerario y resuelto
te entras aquí, sin mirar
que ha de volver al momento
mi padre?

Fel. Solo he querido

que sepas, Laura, que espero
en la calle á que sea hora
para hablarte, porque luego
no digas que de otra parte
vengo, cuando á verte vengo.
En la calle, pues, estoy.

LAUR. Eso sí vuélvete presto;
que al punto que se recoja
mi padre, hablarnos podremos
más despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso (¡ay de mí!)
está ya del amor nuestro;
tanto, que á esa puerta falsa
la llave ha quitado. (*Ap.* Esto
digo por asegurar
el paso al que está acá dentro),
y anda todos estos días
á casa yendo y viniendo.

FEL. Por quitarte ese temor,
me voy, y en la calle espero.

FAB. (*Dentro.*) Hola, bajad una luz.

LAUR. El viene ya.

CEL. Dicho y hecho.
(*Toma Celia una luz, y vase.*)

FEL. Si desotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por dónde salir;
y así en aqueste aposento
me esconderé.
(*Va á entrar donde está Lisardo, y se pone delante Laura.*)

LAUR. Aguarda, espera,
que no has de entrar aquí dentro.

FEL. ¿Por qué?

LAUR. Porque siempre aquí

está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

FÉL. ¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque al entreabrir la puerta
he visto un bulto allá dentro.

LAUR. Mira...

FÉL. Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAUR. Advierte...

FÉL. Ya nada temo.

LAUR. Que entra ya mi padre.

FÉL. ¡Ay triste,
en qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, á Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mías.

ESCENA X

FABIO. — *Dichos*

FAB. ¡Vos aquí, Félix! ¿qué es esto?

LAUR. Mira, por Dios, lo que haces;
(*Aparte á D. Félix*)
pues en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.

FÉL. (*Ap.* Es verdad; disimular
tomo por mejor acuerdo,
si celos se disimulan!)
Buscando á mi hermana vengo, (*A Fabio*)
que me dijeron que aquí
estaba.

FAB. Ya yo la dejo
en su casa, y vengo ahora

de servirla de escudero.

LAUR. Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.

FÉL. Dios os guarde, por la honra
que á mi hermana le habéis hecho.

FAB. Ella os espera ya en casa.

FÉL. (*Ap.* No sé ¡ay Dios! lo que hacer debo.
Estarme aquí es necedad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa, desprecio;
pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, ¿cómo puedo
yo solo? ¡Oh, quién á Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera traído!
Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

FAB. Él os guarde.

FÉL. (*Ap.*) Hoy he de ver ¡vive el cielo!
si es verdad que la fortuna
ayuda al atrevimiento.
(D. Félix se va muy aprisa; Fabio llega hasta la puerta con él, y Celia después toma una luz y se va; Fabio toma otra luz.)

FAB. Alumbra, Celia, á D. Félix.
Laura, éntrate tú acá dentro,
que tengo que hablar á solas
contigo.

LAUR. (*Ap.*) ¡Otro susto, cielos!
mi padre, ¿qué me querrá?
Laura, ¿en qué ha de parar esto? (*Vanse.*)

ESCENA XI

CELIA, *que vuelve con la luz; después* LISARDO

CEL. Sin esperar que bajara
á alumbrarle, en un momento
se me despareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuélta
á la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
estotro, que en su aposento
está mi señor con Laura.
No hay que esperar. Caballero, (*A Lisardo.*)
en gran confusión estamos
por vos. (*Sale Lisardo.*)

LIS. Ya sé lo que os debo,
que aunque he entendido muy poco
del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños desta casa.

CEL. Vamos de aquí.

LIS. Vamos presto.

CEL. (*Ap.* Salga él una vez de casa,
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.)
(*Apaga la luz, y vase con él.*)

ESCENA XII

D. FÉLIX; *después* LAURA

FÉL. En un esconce pequeño
que hace la escalera, antes

que la luz bajara, muerto
de celos y de desdichas,
pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
de echar á este hombre, y no creo
que, sabiendo que en la calle
estoy, se atrevan á hacerlo.
El fin con que me he quedado,
á mis desdichas atento,
es de sacarle conmigo
hasta la calle, fingiendo
que soy criado de casa,
y que sé todo el suceso.
(*Llégase á la puerta.*)
Esta es la puerta, y está
abierta. Eh, caballero,
seguidme; seguro soy.
¿No me respondéis? ¿Qué es esto?
obligaréisme callando,
¡vive Dios! á que entre dentro. (*Entra.*)
(*Sale Laura con luz.*)

LAUR. Nada me quería mi padre
que fuese de más momento,
que decirme que mañana
ha de ir á un cercano pueblo,
adonde su hacienda tiene,
y yo á mis desdichas vuelvo.
Celia, Celia, ¿dónde estás?
Pondré que se han ido huyendo
todos, y que me han dejado
en el peligro. Y es cierto,
pues nadie parece. ¡Ay triste!
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
cuando estotro está aquí dentro.
Pero aunque todo lo arriesgue

esto ha de ser, que primero
soy yo. Perdone Marcela
esta vez. Eh, caballero,
á quien necia una mujer
en tanto peligro ha puesto,
no os espantéis de mirarme.
(*Sale D. Félix embozado.*)

FÉL. ¿Cómo puedo, cómo puedo
dejar de espantarme, Laura,
de mirarte...

LAUR. ¡Ay, Dios! ¡qué veo!

FÉL. Tan mudable...

LAUR. ¡Ay, infelice!

FÉL. Y tan falsa?

LAUR. ¡Ay, Dios! ¿qué es esto?

FÉL. Esto es, Laura, esto es
(si es que yo á decirlo acierto)
el desengaño mayor
que á un hombre han dado los celos.
Pero miento, que no son
celos, sino agravios éstos.
(*Paséase, y ella tras él.*)

LAUR. (*Ap.* ¡Yo estoy muerta!) Félix mío,
mi bien, mi señor, mi dueño.

FÉL. Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
¿qué me quieres?

LAUR. Que te quiero:
te quiero, no más.

FÉL. Y yo,
pues tú lo dices, lo creo;
porque no habiendo tenido
un hombre en este aposento;
no habiendo dicho que estaba
cerrado el paso por esto;
no habiendo venido tú
á hablarme por él; no habiendo

visto yo... ¿Qué he de haber visto?
Nada digo, nada entiendo.
¡Mal haya yo, porque estuve
antes á tu honor atento,
y no!... Adios, Laura; adios Laura.

LAUR. Detente, porque primero
que te vayas, has de oirme.

FÉL. ¿Puede ser mentira esto?

LAUR. Sí, bien puede ser mentira.

FÉL. ¿Mentira lo que estoy viendo?

LAUR. ¿Qué viste?

FÉL. El bulto de un hombre,
que estaba en ese aposento.

LAUR. Algún criado sería.

ESCENA XIII

CELIA, *muy alborozada.—Dichos.*

CEL. Señora, ya por lo menos
nada sucederá en casa,
que ya en la calle los dejo.
(Ve á D. Félix, y túrbase.)

FÉL. Mira si era algún criado.

CEL. ¿Pues esto agora tenemos?
¿Cómo aquí?... No puedo hablar.

LAUR. ¿Ves, Félix, con cuánto aprieto
se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

FÉL. Pues yo la culpa tendré.

LAUR. Tanto te estimo y te quiero,
que aun no quiero yo decirlo,
porque te está mal saberlo.

FÉL. ¡Qué antiguo sagrado es ese

de un culpado, en no teniendo
que responder! Esto, en fin,
se acabó, Laura; esto es hecho.
Adios, adios.

LAUR. Mira...

FÉL. Suelta...

LAUR. No has de irte así.

FÉL. ¡Vive el cielo,
que dé voces que despierten
á tu padre, al mundo entero,
diciendo quién eres!

LAUR. ¡Félix!

FÉL. Harás que pierda el respeto
á tu hermosura, porque
nadie le tuvo con celos. *(Vase.)*

LAUR. Tenle, Celia.

CEL. ¿Yo tenerle?

LAUR. Pues aunque vayas huyendo,
yo te buscaré. ¡Ay, Marcela,
en qué de dudas me has puesto! *(Vanse.)*

Cuarto de Lisardo en casa de D. Félix

ESCENA XIV

LISARDO, CALABAZAS

AL. Señor, ¿qué es lo que tienes?
¿De dónde ó cómo á tales horas vienes?

IS. Ni sé de dónde vengo,
Calabazas, ni sé lo que me tengo.

AL. Después de haberte ido
sin mí (cosa que nunca ha sucedido,
ni héchose con lacayo

de bien, vuelves á casa como un rayo,
casi al amanecer, descolorido,
colérico, furioso, acontecido,
airado...

LIS. No me mates,
ni empieces á decirme disparates,
sino pon las maletas: porque luego
me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
á esotra cuadra pasa,
mira si hablar á Félix puedo.

CAL. En casa
él no está, que aunque ya ha amanecido,
creo que no ha venido
á acostarse hasta agora.

LIS. Feliz él, que habrá estado (¿quién lo ignora?)
celebrando las paces con su dama,
que es la felicidad del que bien ama.
¡Y yo, infeliz, á quien han sucedido
tantas cosas!...

CAL. ¿Qué han sido?

LIS. Oye, porque me dejes,
con condición que luego no aconsejes.
Llamóme por un papel
aquella dama tapada,
á que en su casa la viese.
A verla fuí, y la criada
por un jardín me guió,
hasta que llegué á una sala
de estrado, donde la misma
que ví en las huertas, estaba
tan bella como entendida;
esto que te diga, basta.
Muy á los primeros lances
me dió á entender enojada
no sé bien qué quejas, cuando
su padre á la puerta llama.

Métenme en un aposento,
donde, despues de pasadas
algunas conversaciones,
de quien poco entendí ó nada
(porque, como retirado
estaba á puerta cerrada,
llegaban á mí confusas
las voces sin las palabras),
la puerta un hombre entreabrió;
la capa tercié y la espada
empuñé, y al mismo instante
me volvieron á cerrarla
por de fuera, sin poder
ver el talle ni la cara
del hombre. De allí á otro rato
triste, confusa y turbada,
otra moza me sacó
hasta la calle, con varias
prevenciones que de Félix
no supiera de esto nada.
Yo, pues, cercado de dudas
y de sospechas contrarias,
estoy sin saber qué hacerme
en confusión tan extraña;
porque si á Félix le callo
el lance, ya acreditada
la sospecha de que ha sido
dama suya, será ingrata
correspondencia que él tenga
á su enemigo en su casa;
si se lo digo y no es
su dama, sino otra dama
que de mí se fía, el decirlo
es de mi nobleza infamia.
Y así, entre hablar y callar,
la opinión más acertada

es, pues dos daños me embisten,
volver á los dos la espalda.
Así con esto á D. Félix
no ofende lo que se calla,
ni lo que se dice ofende
á la mujer. Luego trata
de poner toda la ropa,
que antes que amanezca el alba,
con ocasión de que ya
hecha mi consulta baja,
de Ocaña me tengo de ir,
aunque me deje en Ocaña
en un ingenio la vida,
y en una hermosura el alma.

CAL. ¡Honrada resolución!

LIS. Porque apruebas y no cansas,
toma aquel vestido que hice
de camino, Calabazas.

CAL. Tus manos, señor, te beso
de resultas de las plantas,
no tanto por el vestido,
aunque es dádiva extremada,
como por dármele hecho;
y en tanto que se levanta
quien la ropa me ha de dar,
escúchame en dos palabras
lo que hecho un vestido ahorra.
(Mudando voces.)
—Señor maestro, ¿cuántas varas
de paño son menester
para mí?—Siete y tres cuartas.
—Con seis y media le hace
Quiñones.—Pues que le haga;
mas si él saliere cumplido,
yo me pelaré las barbas.
—¿Qué tafetán?—Ocho.—Siete

han de ser.—No quite nada
de siete y media.—¿Ruan?
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,
no puede salir.—¿De seda?
—Dos onzas, treinta de lana.
—¿Bocací á los bebederos?
—Media vara.—¿Angeo?—Otra tanta.
—¿Botones?—Treinta docenas.
¿Treinta?—¿Habrá más de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilos;
vamos con todo esto á casa.
Junte su merced los pies,
ponga derecha la cara,
tienda el brazo.—Seor maestro,
¿son matachines?—¡Qué gracia
hará el calzón!—Oye usted,
la ropilla ancha de espaldas,
derribadica de hombros,
y redondita de falda.
—Frisa para las faldillas
haber sacado nos falta.
—¡Póngala usted!—Que me place.
¡Ah! sí; esto se me olvidaba;
entretelas.—Deste viejo
ferreruelo me las haga.
—Voy á contarlo al momento.
—¿Cuándo vendrá esto?—Mañana
á las nueve.—La una es:
¡oh cuánto este sastre tarda!
—Seor maestro, todo el día
me ha tenido usted en casa.
—No he podido más, que he estado
acabando unas enaguas
que, como mil paños llevan,
no fué posible acabarlas.
—¡Ah! caballero, muy seca

está esta obra.—Remojarla.
—Angosto vino el calzón.
—De paño es, no importa nada,
que luego dará de sí.
—Esta ropilla está ancha.
—No importa nada, es de paño,
que ella embeberá (así basta,
que los paños dan y embeben
como el sastre se lo manda).
—El ferreruelo está corto.
—Más de media liga tapa,
y ahora no se usan largos.
—¿Qué se debe?—Poco ó nada;
veinte del calzón, y veinte
de la ropilla y sus mangas,
diez del ferreruelo, treinta
de los ojales... y tantas
impertinencias, que, en fin,
que me venga ó que me vaya,
quien me da un vestido hecho,
me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas;
aquí gloria, y despues gracia. *(Vase.)*

LIS. ¡Qué locuras! ¡Quién tuviera
tu alegría, y no llegara
hoy á sentir los extremos
de tantas penas, de tantas
confusiones y sospechas!
¡Válgate Dios por tapada,
toda misterios y toda
prevenciones, sin que haya
nunca visto la verdad!
(Vuelve Calabazas.)

CAL. Ya le dije á una criada
que me sacase la ropa,
porque hoy nos vamos á Irlanda.

LIS. En efecto, me destierran,
antes de tiempo, de Ocaña,
tramoyas de una mujer.

ESCENA XV

MARCELA *con manto,* SILVIA *sin él, y quedan á la puerta.*
Dichos.

SILV. Mira á qué te atreves.
MARC. Nada
me digas, porque no estoy
para escucharte palabra.
¿Que hoy se va, no dices?
SILV. Sí.
MARC. Pues, Silvia, ¿de qué te espantas
que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
quién soy, y de mí va huyendo.
SILV. Pues si esto temes, ¿qué tratas?
MARC. Hablarle ya claramente,
que puesto que á esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá,
hasta que le lleven capa
y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.
(Vase Silvia.)
LIS. Mira si ha venido Félix.
CAL. Félix no, pero la dama
tapada sí que ha venido.
LIS. ¿Qué dices?
CAL. *Ecce quam amas.*
MARC. Señor Lisardo, no sé
que sea acción cortesana

el iros sin despediros
hoy de una mujer que os ama.

LIS. ¿Tan presto tuvísteis nueva
de mi partida?

MARC. Las malas
vuelan mucho.

CAL. *(Ap.)* ¡Vive Dios,
que con los demonios habla!
¿Si es Catalina de Acosta,
qué anda buscando su estatua?

MARC. En fin, ¿os vais?

LIS. Sí, y huyendo
de vos, que vos sois la causa.

MARC. De eso infiero que sabéis
ya quién soy (¡estoy turbada!)
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con dios; pero advirtiendo
que fué en mí y en vos la causa
imposible de decirla,
é imposible de callarla.

LIS. Nó os entiendo, pues no sé
de vos (esta es verdad clara)
más de lo que sé de vos:
y ante la desconfianza
que hacéis de mí, es quien me mueve
á irme. *(Mira Calabazas adentro.)*

CAL. Eh; por la sala
entra D. Félix.

MARC. ¡Ay, triste!

LIS. ¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estáis.

MARC. Es verdad.
Mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,

sabed que yo soy... No puedo.
no puedo hablar más palabra,
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos, guardadla,
que yo aquí me escondo. *(Escóndese.)*

LIS. ¡Cielos,
sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama, sin duda,
pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XVI

D. FÉLIX, LISARDO, MARCELA, *escondida.*

FÉL. Lisardo.

LIS. ¿Qué hay, qué traéis,
D. Félix?

FÉL. Traigo un pesar,
y véngole á cansolar
con vos, que me aconsejéis.

LIS. Cuando por haber faltado
de casa... Véte de aquí.
(A Calabazas. Vase.)
Toda la noche creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama;
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?

FÉL. Sí, que un mal á otro mal llama.
¡Ay, Lisardo! Bien dijístes,
cuando hablásteis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efectos tristes,
eran tan otros tenidos
que dados, cuanto se ofrece

entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron.
¡Oh, quién un siglo los diera,
y un punto no los tuviera!

LIS. Pues ¿cómo ó de qué nacieron?
(Ap. ¡Vive Dios! que él ha seguido
esta dama, y que sus celos
son de mí y della.)

MARC. *(Ap.)* Los cielos
den mis penas á partido.

FÉL. Muy rendido ayer llegué,
donde (¡ay de mí!) satisfice
con los estremos que hice,
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas
que de mí (¡ay, cielos!) tenía
la hermosa enemiga mía;
y cuando ya sastifechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores
coger el fruto en favores,
de la calle en que aguardaba
entré á verla muy contento;
y porque fué fuerza así,
un aposento entreabrí
(¡mal haya mi sufrimiento!),
y en él (¡qué torpes desvelos!)
el bulto de un hombre ví.

LIS. *(Ap.)* Esto es lo que anoche á mí
me pasó, ¡viven los cielos!

FÉL. ¡Oh, mal haya yo, porque
aunque su padre viniera,
y aunque su honor se perdiera,
á darle muerte no entré!
Quedarme pude escondido,

con ánimo de volver
á buscar el hombre, y ver
quién era.

LIS. ¿Habéislo sabido?

FÉL. No; porque ya una criada
le había sacado de allí.
Tras él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Así hasta el medio día
toda la mañana he estado
(¡mirad qué nécio cuidado
pensando que volvería!
Ved si habrá en el mundo quien
tenga el valor que yo tengo,
pues hoy aquí á tener vengo
celos, sin saber de quién.

LIS. *(Ap.)* En este punto creí
todo cuanto imaginé;
la dama esta dama fué,
y yo el encerrado fuí.
Las señas son; mas supuesto
que él no sabe que fuí yo,
ni que ella aquí se ocultó,
ponga fin á todo esto
mi ausencia, puesto que así
todo el silencio lo sella,
pues no sabrá agravios della,
ni tendrá quejas de mí.

FÉL. ¿Agora suspenso estáis?
¿Cómo no me respondéis?

LIS. Como admirado me habéis,
aún más de lo que pensáis.

FÉL. ¿Qué puedo hacer?

LIS. Olvidar.

FÉL. ¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

CAL. (*A la puerta.)* Señor, una dama ahí fuera

dice que te quiere hablar.

FÉL. Ella es, que habrá venido
á verme. Yo no he de vella.

LIS. Mirad primero si es ella.

ESCENA XVII

LAURA, *tapada.—Dichos.*

FÉL. ¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusión,
querrá agora que yo crea
que todo mentira sea.

LIS. *(Ap.)* Ya es otra mi confusión;
si ésta es la que Félix ama,
y dentro en su casa vió
un hombre, y éste fuí yo,
¿quién es, quién, estotra dama?

LAUR. Lisardo, por caballero,
os ruego que os ausentéis,
y con Félix me dejéis,
porque hablar con Félix quiero.

FÉL. ¿Quién te ha dicho que querrá
el Félix hablarte á tí?

LAUR. Dejadnos solos.

LIS. Por mí
obedecida estáis ya.
(Ap.) Fuerza es dejar encerrada
la otra dama hasta después,
y estar á la vista. Nada
tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.)
(Vanse Calabazas y Lisardo.)

ESCENA XVIII

LAURA *y* D. FÉLIX.—MARCELA, *escondida.*

LAUR. Ya que estamos los dos solos,
D. Félix, y que podré
decir á lo que he venido,
escúchame.
FÉL. ¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme
que ilusión, que engaño fué
cuanto allí ví y cuanto oí.
Y si esto, en fin, ha de ser,
ni tú tienes que decir,
ni yo tengo que saber.
LAUR. ¿Y si nada de eso fuese,
sino todo eso al revés?
FÉL. ¿Cómo?
LAUR. Escucha, oiráslo.
FÉL. Iráste
si te escucho?
LAUR. Sí.
FÉL. Dí, pues.
(Asómase Marcela.)
LAUR. Negarte que estaba un hombre
en mi aposento...
FÉL. Detén.
¿Y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, cuando esperaba
un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,
confesar la ofensa? Ves

¿cómo otra vez la repites,
porque la sienta otra vez?

LAUR. Si no me oyes hasta el fin...

MARC. *(Ap.)* ¡Quién vió lance más cruel.

FÉL. ¿Qué he de escuchar?

LAUR. Mucho.

FÉL. ¿Iráste
si te escucho?

LAUR. Sí.

FÉL. Dí, pues.

LAUR. Negarte que estaba un hombre
en mi aposento, y también
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo, porque
negarle á un hombre en su cara
lo mismo que escucha y ve,
es darle á un desesperado,
para consuelo un cordel;
mas pensar tú que fué agravio
de tu amor y de mi fe,
es pensar que cupo mancha
en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
aún es sombra todo él.

FÉL. Pues ¿quién aquel hombre era?

LAUR. No puedo decirte quién.

MARC. *(Ap.)* ¡Quién vió confusión igual!

FÉL. ¿Por qué?

LAUR. Porque no lo sé.

FÉL. ¿Qué hacía escondido allí?

LAUR. No lo sé tampoco.

FÉL. Pues
¿dónde la satisfacción
está?

LAUR. En no saberlo.

FÉL. ¡Bien!

No saberlo es la disculpa,
la culpa el saberlo es;
pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAUR. Félix, Félix, déjame,
que, aunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

FÉL. Otra vez me has dicho ya
(baldón ó despecho fué)
eso mismo, y ¡vive Dios!
de no escucharlo otra vez;
porque aquí me has de decir
la verdad desto...

MARC. *(Ap.)* ¿Qué haré?
¡Que, por disculparse á sí,
me ha de echar á mí á perder!

FÉL. Que nada me está peor
que el pensarlo.

LAUR. Sí diré.

MARC. (*Ap.* No dirás, porque primero,
tus voces estorbaré
con esta resolución.
Amor ventura me dé,
como me da atrevimiénto.)
(*Pasa por delante tapada, como jurándosela á D. Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.)*
Solo esto he querido ver.

ESCENA XIX

LAURA, FÉLIX

FÉL. ¿Qué mujer es ésta?

LAUR. Hazte

de nuevas.

FÉL. Déjame que
la siga y la reconozca.

LAUR. ¡Eso querrías tú, porque
pudieras desenojarla,
diciéndole á ella después
que me dejaste por ir
tras ella! Pues no ha de ser.

FÉL. Laura mía, mi señora,
el cielo me falte, amén,
si sé qué mujer es ésta.

LAUR. Yo sí, yo te lo diré;
Nise era, que al pasar,
yo la conocí muy bien.

FÉL. Ni era Nise, ni sé yo
cómo estaba aquí.

LAUR. ¡Muy bien;
la disculpa es no saberlo,
la culpa el saberlo es!
Pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé á lo que no sé?
Adios, Félix.

FÉL. Si no basta
el desengaño que ves,
¿cómo quieres que yo crea
lo que tú, Laura, no crees?

LAUR. Porque yo digo verdad,
y soy quien soy.

FÉL. Yo también,
y ví en tu aposento un hombre.

LAUR. Yo en el tuyo una mujer.

FÉL. No sé quién fué.

LAUR. Yo tampoco.

FÉL. Sí supiste, Laura, pues
ya me lo ibas á decir.

LAUR. Ya, sin decirlo, me iré,

por no dar satisfacciones
á un hombre tan descortés.

FÉL. Mira, Laura...

LAUR. Suelta, Félix.

FÉL. Vete, que es cosa cruel
haber de rogar quejoso.

LAUR. Quédate, que es rabia haber
de llevar traiciones, cuando
finezas vine á traer.

FÉL. Yo bien disculpado estoy.

LAUR. Si á eso vamos, yo también.

FÉL. Pues ví en tu aposento un hombre.

LAUR. Yo en el tuyo una mujer.

FÉL. Si esto, cielos, es amar...

LAUR. Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS. ¡Fuego de Dios en el querer bien!
Amén. Amén.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ya en Lisardo al menos quien
me defendiese tenía;
y, en fin, ello sucedió
mejor que esperaba yo;
pues yo á mi cuarto pasé,
y en los celos que dejé
el lance se barajó
de suerte, que ni Lisardo
se empeñó por mí gallardo,
ni Laura el caso contó,
ni Félix me conoció,
ni yo mayor susto aguardo.

SIL. Digo que fué extraño cuento;
y si escarmiento ha dejado,
será de más fundamento.

MARC. Pues ¿cuándo dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
Antes el haber salido
deste tan bien, me ha movido
á pensar cómo pudiera
ser que Lisardo volviera
á verme.

SIL. Oye, que hacen ruido.

ESCENA II

D. FÉLIX, *por la puerta escondida.—Dichas.*

FÉL. Marcela.

MARC. ¿Qué novedad
es entrar tú en mi aposento?

FÉL. Es venir mi voluntad
por luz á tu entendimiento,
por consuelo á tu piedad.

Anoche, cuando saliste
de ver á Laura, yo entré
en su casa (¡ay de mí, triste!),
y ví en su casa, y hallé...

MARC. Di, ¿qué hallaste? di, ¿qué viste?

FÉL. Un hombre.

MARC. ¿Tal pudo ser?

FÉL. Vínome á satisfacer;
una mujer que salió
de mi alcoba, lo estorbó...

MARC. ¡Miren la mala mujer!

FÉL. Que con Lisardo debía
de estar. Él, cuerdo y discreto,
presumiendo que ofendía
de mi casa así el respeto,
dice que tal no sabía.
En fin, sea lo que fuere
(que no hay nadie que lo diga),
celosa Laura, no quiere
que desengaños consiga,
ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar ni ver;
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento
suyo. Para esto ha pensado
una industria mi cuidado.

MARC. ¿Y es, si me la has de decir?

FÉL. Que tú, hermana, has de fingir
que un gran disgusto, un enfado
conmigo has tenido, y que
en tanto que esto se pasa,
te quieres ir á su casa;
y así un espía tendré
para el fuego que me abrasa;

pues tú á la mira estarás,
y á pocos lances, verás
quién este embozado es,
y con secreto después
de todo me avisarás.

MARC. Aunque hay bien que replicar,
hoy me iré á su casa.

FÉL. No
puede hoy ser, que por mostrar
cuán poco mi mal sintió,
ó por darme este pesar,
hoy de su casa ha salido,
y al mar de Ontígola ha ido.

MARC. Pues digo que iré mañana.

FÉL. La vida me das, hermana;
tuya desde hoy habrá sido. (*Vase.*)

MARC. ¿Hay cosa como llegar
rogándome lo que yo
puedo, Silvia, desear?
Pero mira quién se entró
en el cuarto sin llamar.

SIL. Laura y Celia son, señora.

ESCENA III

LAURA, CELIA.—MARCELA, SILVIA

MARC. Laura mía, ¡á aquesta hora!

LAUR. No te espantes desto, amiga,
que á tanto una pena obliga.

MARC. ¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAUR. De la suerte que de mí
te fuiste ayer á valer,

vengo á valerme de tí.

CEL. Aprended, damas, de aquí,
lo que va desde hoy á ayer.

LAUR. Aquel hombre que dejaste
cerrado, Marcela mía,
en mi casa, vió D. Félix.

MARC. ¡Jesús!

LAUR. No importa que diga
el cómo ó el cuándo, puesto
que bastaba ser desdicha,
para que ella se estuviese
desde luego sucedida.
Quísele satisfacer,
y vine á tu casa, amiga,
sin mirar á los respetos
á que el ser quien soy me obliga.
Entré en su aposento, y cuando
á representarle iba
disculpas, que no tocasen
en tu opinión ni en la mía,
una mujer, que detrás
de su aposento tenía,
y que era sin duda Nise...

MARC. ¿Quién duda que ella sería?

LAUR. Salió á dar celos por celos.

MARC. ¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Félix á eso?

LAUR. Él, aunque quiso seguirla,
yo no le dejé. En efecto,
las dos quejas repetidas,
ni las suyas quise oir,
ni él saber quiso las mías.
Por mostrar que estaba (¡ay, cielos!)
gustosa y entretenida
(¡oh, cuán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!)

al mar de Antígola hoy
salí con unas amigas
donde, aunque debió alegrarme
su hermosa apacible vista,
no pudo, que para mí
ya se murió la alegría;
tanto que ni el ver la reina
(que infinitos siglos viva,
para que flores de Francia
nos den el fruto en Castilla),
cómo en su verde carroza,
que caballos del sol tiran,
varado bajel de tierra
llegó á abordar á la orilla;
ni el ver tan ufano entonces
ese breve mar, que imita
del Océano las ondas
encrespadas y movidas
de los céfiros suaves,
cuando al mirar quien las pisa,
como plata las entorcha,
y como vidrio las riza;
ni el ver que ya el bergantín,
coche del mar, pues le guían,
como caballos, los remos,
á quien el freno registra
de un timón, abrió el estribo
de su hermosa barandilla,
para que su popa ocupe,
para que su esfera admita
un sol á quien hizo guarda
no menos que el alba misma;
ni el ver las hermosas damas,
que como flores seguían
la rosa, bien así como
tejido coro de ninfas,

en las selvas de Diana
profanas fábulas pintan;
ni el ver, en fin, que tan bello
ya el bajel bogando iba
el piélago de cristal,
que al acercarse á la isla
del cenador, que con tantas
flores el estanque habita,
no pudo determinar
desde aparte, no, la vista,
cuál el bergantín, ó cuál
era el cenador, pues vía
flores en cualquiera, tantas,
que unas á otras competidas,
naval batalla de flores
se dieron muertas y vivas,
me pudo aliviar; pues toda
esta pompa hermosa y rica,
en los cristales bullicio,
en las flores alegría,
en los vientos suavidad,
en las hojas armonía,
en las damas hermosura,
y en todos los campos risa,
llanto fué, llanto en mis ojos,
celosa de Félix. Mira,
si á quien esto no divierte,
bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle, porque
es triste cosa, es indigna
acción darle yo á torcer
mis celos, y así querría
de una industria aquí valerme,
si es que mi amistad codicias;
y es, que para que yo vea
si Nise en su cuarto habita,

le he de acechar esta noche
por aquella puerta, amiga,
que dijiste, y que á su cuarto
cae, y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
podré? es fuerza que aquí digas;
y responderéte yo
que hoy mi padre fué á una villa,
adonde su hacienda tiene,
y no vendrá en cuatro días.
Así que estas noches puedo
ser tu huéspeda, si obliga
mi amistad á esta fineza;
pues es fineza de amiga
tan principal, tan discreta,
tan noble y tan entendida.

MARC. ¿Cómo te podré negar,
Laura, lo que solicitas,
si con mi razón me arguyes,
si con mi dolor me obligas?
Solo hay un inconveniente;
mas si tú lo facilitas,
ven desde luego á mi casa;
mal dije á la tuya misma.

LAUR. ¿Cuál es el inconveniente?

MARC. Tanto mi hermano te imita
en el dolor y en la causa
(no importa que te lo diga;
primero somos nosotras),
que hoy me ha pedido que finja
con él un enojo, y vaya
á ser por algunos días
tu huéspeda, porque yo
allá de adalid le sirva.
Pues si no voy á tu casa
yo, porque estás tú en la mía,

dirá...

LAUR. Escucha; antes mejor
es que desde luego finjas
tú el enojo, y que te vayas,
pues con aquesto le obligas
á que él esté más seguro
de que yo en su casa asista.

MARC. Dices bien, que con mi ausencia
se sanea esta malicia.

LAUR. ¿Cómo se ha de hacer?

MARC. Así:
dame el manto, y dirás, Silvia,
que fuí en casa de Laura;
que para hacer más creída
la causa, quise ir de noche.
(*Pónese el manto.*)
Y después (aparte mira)
busca á Lisardo, y diráslo
cómo mi afecto le avisa
que á verme vaya esta noche;
y quédate donde sirvas
á Laura. Tú, Celia, ven
conmigo, pues nos obliga
esto á trocar con las casas
las criadas.

LAUR. ¿Tan aprisa?

MARC. Estas cosas más se aciertan
mientras menos se imaginan.

LAUR. Marcela, á mi casa vas;
por ella y por mi honor mira.

MARC. Por ella mira y mi honor,
pues te quedas tú en la mía.
¿En qué ha de parar aqueste
trueco?

CEL. ¿Quieres que lo diga?
En algún lance que á todas,

ó nos case, ó nos aflija.
(*Vanse por una parte Celia y Marcela, y por otra Silvia y Laura.*)

Cuarto de Lisardo

ESCENA IV

LISARDO, CALABAZAS

LIS. ¿Qué papel es ese?
CAL. Es
el que ha de ser, es y ha sido,
del tiempo que te he servido,
cuenta estrecha.
LIS. Dime, pues,
¿á qué propósito agora?...
CAL. A propósito de que hoy
de tu servicio me voy.
LIS. ¿Por qué causa?
CAL. ¿Quién lo ignora?
Porque andas aquestos días
muy discreto.
LIS. ¿Qué has querido
decir?
CAL. Que andas divertido.
LIS. Tales son las penas mías.
CAL. Y no ha de ser tan discreto
el amo, que ha de pensar
que no le puede guardar
Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
contigo solo te estás,
contigo vienes y vas,

y, en fin, contigo y sin migo
en cualquier parte te ven,
que parecemos, señor,
el dinero y el amor;
(¡mirad con quién, y sin quién!
Si alguna tapada viene
á verte, *salte allá fuera;*
si vas á verla, *aquí espera,*
porque ir allá no conviene.
¿Pues esto ha de ser así?
¡Pesar de quien me parió!
¿Para qué te sirvo yo?
Y así quiero desde aquí
buscar amo más humano,
porque para mí, en rigor,
ninguno será peor,
aunque sea un luterano;
aunque sea un presumido
de docto, siendo menguado,
con ingenio un desdichado,
sin él, un entremetido;
un poeta que hace trazas
de comedias, y seamos
los criados y los amos
todo en casa calabazas;
aunque sea un lindo compuesto,
que hable melífluo y despacio,
y aunque galantee en palacio,
que es peor que todo esto.

Lis. Las cosas que me han pasado
tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
forzoso haberlas contado
para que las sepas, pues
hablar á aquella tapada
en el campo, tan guardada

verla en su casa después,
adonde me sucedió
aquel lance parecido
al de Félix, que escondido
en su casa me pasó,
venir á verme á la mía,
adonde desengañado
de que es otra me ha dejado,
la que D. Félix quería,
salir de allí tan veloz,
irse, en fin, como se fué,
ello se dice y se ve,
sin que aquí tenga mi voz
que contar; pues aunque quiera,
no te puedo decir más
de lo que tú viendo estás.

CAL. Ella es gentil embustera.

LIS. En cuanto á que estoy pensando
qué es lo que me ha sucedido,
es verdad, y estoy corrido
de estar creyendo y dudando
qué mujer es esta; pues
cuando yo ser presumía
dama de Félix, vivía
sin discurrir; mas después
que, estando conmigo ella,
de Félix la dama entró,
y que me desengañó
de que era otra dama aquella,
mayor deseo me ha dado
de saber quién es; pues puedo
perder á su honor el miedo
que por Félix le he guardado.

CAL. Yo bien pudiera decir
quién es.

LIS. ¿Tú?

CAL. Yo.
LIS. Dilo, pues.
CAL. ¡Vive Dios que sé quién es!
LIS. Pues no me hagas discurrir.
CAL. ¿Ella no es enredadora?
Quién es sé. ¿No es embustera?
Quién es sé. ¿No es bachillera?
Quién es sé. ¿No es habladora?
La misma razón lo enseña
quién es, sí, jurado á Dios.
LIS. Dilo.
CAL. Aquí para los dos...
LIS. Prosigue.
CAL. Es alguna dueña.
LIS. ¡Qué disparate!

ESCENA V

SILVIA — *Dichos.*

SILV. Lisardo,
que aquí me escuchéis os pido.
CAL. ¡Mujer! ¿de dónde has caído?
LIS. Ya lo que quieres aguardo.
SILV. Una dama, de quien vos
la casa, señor, sabéis,
que á su ventana llaméis
esta noche os pide. Adios. *(Vase.)*
CAL. Tapada de las tapadas,
oye.
LIS. Tente; ¿dónde vas?
CAL. Deja, que no quiero más
de darle dos bofetadas,
que las lleve á su señora...

Lis. ¿Hay quien tus locuras crea?
Cal. Porque otra vez no me sea
dueña enjerta.
Lis. Escúcha agora;
pues que ya la noche fría,
en mal distinto arrebol,
da priesa, diciendo al sol
que se vaya con el día,
y á mí esperándome están,
dame un broquel, y tú aquí
me espera.
Cal. ¿Yo esperar?
Lis. Si.
Cal. Espere un judío de Orán,
que á casa, donde encerrado
estuviste, y aun corrido,
y hay padre de conocido
y galán de imaginado,
no has de ir solo.
Lis. Sí he de ir.

ESCENA VI

D. Félix, Lisardo, Calabazas.

Fél. ¿Dónde, Lisardo?
Lis. No sé
cómo callaros podré,
ni cómo os podré decir
lo que en Ocaña me pasa.
¿Tenéis que hacer ahora?
Fél. ¿Yo?
ni en toda esta noche.
Lis. ¿No?

FÉL. No, que el fuego que me abrasa,
por acrecentar su ardor,
tregua por ahora ha dado.
LIS. Pues yo qniero mi cuidado
fiaros ya sin temor,
que si hasta aquí he suspendido
la relación que empecé,
respeto que os tuve fué;
pero habiendo ya sabido
que nada os puede tocar,
y sois quien sois en efeto,
de mi amor todo el secreto
hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo y sabréis,
porque el tiempo no perdamos,
extraños sucesos.
FÉL. Vamos,
que mucha merced me haréis
en divertir el dolor
de que mi pecho está lleno,
porque de amor el veneno
cure triaca de amor.
CAL. ¿Yo qué he de hacer?
LIS. Esperar
aquí en casa á que vengamos.
(*Vanse D. Félix y Lisardo.*)

ESCENA VII

CALABAZAS.

Buenos, paciencia, quedamos
sin ver ni oir, ¡á callar!
Cuando no tiene el servir

otro gusto, otro placer,
que escuchar para saber,
y saber para decir,
aun deste gusto me priva
el recatarse de mí.
Pues no ha de pasar así;
así Calabazas viva,
que por aquel mismo caso
que aquí de mí se guardó,
tengo de seguirle yo.
Tras ellos, paso entre paso,
tengo de irme rebozado,
porque si yo, cual sospecho,
no le murmuro y acecho,
¿para qué soy su criado? *(Vase.)*

Camino de Ocaña.

ESCENA VIII

FABIO, LELIO.

LEL. Aliéntate, que ya estás
cerca de Ocaña, señor.
FAB. Es tan notable el dolor,
Lelio, que no puedo más;
que aunque yo, por descansar,
de la yegua me apeé,
y quise venir á pié
este rato, por dejar,
con ejercicio vencido
el dolor de la caída,
te confieso que en mi vida
no me he visto tan rendido.

LEL. Ello fué dicha, señor;
pues apenas una legua
andada, cayó la yegua,
porque pudieras mejor
volverte á tu casa, donde
con más cuidado podrás
curarte.

FAB. A esta pierna más
todo el dolor corresponde,
que fué la que me cogió
debajo.

LEL. Súbete, pues
irás antes.

FAB. Mejor es
andar otro poco, y no
dejar, Lelio, resfriar
la caída.

LEL. Dices bien;
mas considero también
que ya ha empezado á cerrar
la noche, y que lo que andado
en tal parte se mejora,
se llega más á deshora
á tu casa, y quizás, cuando
ya recogida, no habrá
modo de curarte.

FAB. Bien
dices; la yegua preven,
que atada á ese tronco está,
y vamos, si esto restaura
mi salud; aunque yo creo
que ir á casa no deseo,
por no dar cuidado á Laura,
que me quiere de manera,
que temo que hoy ha de ser
su fin, si me ve volver

con una pena tan fiera.
LEL. Como hija, claro está
que lo sienta mi señora.
FAB. Pondré que aquesta es la hora
que está recogida ya.
LEL. ¿Quién lo duda?
FAB. ¡Oh, cuánto siento
haberla de despertar!
Mas no lo puedo excusar.
Lo que haré será, que atento
á su inquietud, llamaré
por la puerta principal;
pues con prevención igual
podrá ser, pues que se ve
de su cuarto más distante,
no oirme.
LEL. Dispón agora
tu salud, que mi señora
lo estimará.
FAB. No te espante
verme con tanta fineza,
que soy en mi senectud
amante de su virtud,
como otros de su belleza. (*Vanse.*)

Calle próxima á la casa de Fabio.

ESCENA IX

LISARDO, D. FÉLIX; *después* CALABAZAS.

FÉL. Mucho me he holgado de oiros,
por ser la novela estraña.
LIS. Esto es por mayor, que dejo

de contar mil circunstancias,
por no cansaros, D. Félix;
y pues sabéis que me aguarda,
idos con Dios, que ya es la hora.

FÉL. Decirme á mí que una dama
vais á ver, y haberme dicho
que tuvísteis en su casa
riesgo, y decir que me quede,
son dos cosas muy contrarias;
pues no soy de los amigos
yo con quien solo se hablan
las cosas, que aprecio más
las obras que las palabras.
Id á lograr vuestro amor
norabuena, que hasta el alba
yo sabré estar en la calle.

LIS. A amistad, D. Félix, tanta,
mal hiciera en resistirme.
(Sale Calabazas acechando.)

CAL. *(Ap.)* Si cual veo lo que andan,
lo que hablan viera, yo viera
lo que andan y lo que hablan.
Llegarme quiero.

LIS. ¿Qué es esto?

FÉL. Un hombre, si no me engaña
la vista, que tras nosotros
viene.

LIS. Pues sacad la espada.

FÉL. ¿Quién va?

CAL. Nadie ya, porque
no diz que va el que se para.

FÉL. ¿Quién sois?

CAL. Un hombre de bien.

LIS. Pues pase, si acaso pasa...

CAL. No paso, que me hago hombre.

FÉL. Pues jugaré yo de espadas.

LIS. Dadle la muerte.
CAL. ¡Detente!
¡Ay, ay! Señor, que me matas,
que soy Calabazas.
FÉL. ¿Quién?
CAL. Calabazas.
LIS. Calabazas,
¿qué es esto?
CAL. Es venir á ver
dónde vais. *(Danle los dos.)*
FÉL. ¡Por Dios!...
CAL. Ya basta.
LIS. Dejadle; no alborotéis,
porque está cerca la casa
que buscamos.
FÉL. ¿Hacia aquí
vive, Lisardo, la dama
que venís á ver?
LIS. Sí, Félix.
FÉL. Y ¿es bizarra?
LIS. Muy bizarra.
FÉL. ¿Tiene padre?
LIS. Sí.
FÉL. Y aquí
¿os encerrásteis en la cuadra?
LIS. Sí.
FÉL. Y estando ella con vos
¿entró la que me buscaba?
LIS. Sí.
FÉL. Ved que como la noche
llena está de sombras pardas,
más obscura que otras veces,
pues aun la luna le falta,
podrá ser que os engañéis.
LIS. No me engaño. A esta ventana
he de llamar, y esta puerta

han de abrir.

CAL. *(Ap.)* Ya sé la casa.

FÉL. *(Ap.)* ¿Esta ventana? ¿Esta puerta?
¡Ay de mí, el cielo me valga,
que éstas las de Laura son,
para mí dos veces falsas!

LIS. Retiráos, porque yo
la seña, que es ésta, haga.
(Hace la seña á la reja.)

FÉL. Si mal no me acuerdo (¡ay triste!)
en la relación pasada
dijísteis que la mujer
que para hablaros aguarda,
es la que hoy escondida
dentro de mi cuarto estaba.

LIS. Es verdad.

FÉL. Y que la otra
que vino...

ESCENA X

CELIA. — *Dichos.*

CEL. *(En la ventana.)* Eh.

LIS. Ya me llaman.

CEL. ¿Es Lisardo?

LIS. Sí, yo soy.

CEL. (*Ap.*) Celia es ésta.

FÉL. Pues aguarda,
abriré la puerta.

LIS. Ya
conmigo habló la criada,
y dice que viene á abrirme
la puerta.

FÉL. Antes que la abra,

decid... *(Abre la puerta Celia.)*

LIS. No puede ser antes.

FÉL. Si es...

LIS. Adios, porque me aguarda.

FÉL. La dama...

CEL. Entrad presto.

LIS. Luego
hablaremos. *(Entrase.)*

(Al entrar Lisardo, quiere entrar D. Félix, y Celia cierra la puerta.)

ESCENA XI

D. FÉLIX, CALABAZAS

FÉL. ¡Y en la cara
con la puerta me dió Celia!

CAL. Con cerradura no agravia
una puerta, aunque es de palo,
que el tener hierro la salva.

FÉL. *(Ap.)* ¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vió confusiones tantas?
En casa de Laura, ¡cielos!
¿viene buscando la dama
que hoy de mi cuarto salió,
cuando entró en mi cuarto Laura?
Luego ella no puede ser.
¿Mas quién ser puede en su casa?
¡Oh, quién no le hubiera dicho
á Marcela que dejara
para mañana el venir
aquí, que ella lo apurara!
Pero mientras más discurro,
más lugar doy á mi infamia.
Pues no discurramos, celos,

sino á ver la verdad clara
caminemos más aprisa;
pues ella es Laura, ó no es Laura:
si no es ella, ¿qué se pierde
en desengañar mis ansias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
en perder la vida y alma,
después de Laura perdida?
La puerta en el suelo caiga.
Pero ¿cómo á esto me atrevo,
si á Lisardo la palabra
le he dado?... Pero ¿qué importa
la amistad, la confianza,
el respeto, ni el decoro?
Que donde hay celos, se acaba
todo, porque no hay honor
ni amistad que tanto valga.
(Da golpes á la puerta para derribarla, y al mismo tiempo, más lejos, dan también golpes dentro.)

CAL. ¿Qué haces, señor?
FÉL. Darte muerte...
CAL. Si es posible, no lo hagas.
FÉL. ¿Mas qué golpes son aquellos?
CAL. ¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y da golpes á otra puerta.
FAB. (*Dentro.*) Abre aquí, Celia: abre, Laura.
CEL. (*Dentro.*) Mi señor es, ¡ay de mí!
FÉL. Fabio es aquel. (*Cuchilladas dentro.*)
FAB. (*Dentro.*) ¡Esta infamia
llego á ver!
CAL. Por Dios, que allá
ya han llegado á las espadas.
FÉL. ¡Malhaya la puerta!
CAL. Amén. (*Vanse.*)

Sala en casa de Fabio.—La escena está á obscuras.

ESCENA XII

LISARDO, *con* MARCELA *en los brazos; después* FÉLIX *y* CALABAZAS

LIS. No temáis, señora, nada,
que, aunque llaman á esta puerta,
seguro es quien á ella llama.
MARC. Con vos, Lisardo, he de ir,
que como yo á vuestra casa
llegue, nada hay que temer,
si es que ella una vez me ampara.
LIS. Venid, y no os receléis
de un hombre que me acompaña.
MARC. ¿Es Félix?
LIS. Sí.
FÉL. Pues mirad
que es Félix...
LIS. ¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.—
(Salen D. Félix y Calabazas.)
¿Félix?
FÉL. ¿Quién va?
LIS. Mis desgracias.
FÉL. ¿Qué ha sido aquesto?
LIS. Que estando
hablando con esta dama,
vino su padre de fuera,
llamó, y viendo que tardaban
en abrirle, derribó
la puerta y sacó la espada.

Porque se apagó la luz
tuve lugar de librarla.
Llevadla, que yo me quedo
á guardaros las espaldas,
para que ninguno os siga,
que conmigo Calabazas
quedará.

CAL. No quedará.

FÉL. Mejor es con ella vaya,
y nos quedemos los dos.

LIS. ¿Tan sola hemos de dejarla?
No es razón; pues la primera
obligación es la dama
en todo trance; así, Félix,
vos solo habéis de llevarla
y ponerla en salvo.

FÉL. Es justo.
En fin, has venido, Laura, *(A Marcela.)*
á mi poder.

MARC. (*Ap.*) ¡Ay, de mí!

FÉL. (*Ap.*) Yo estoy muerto.

MARC. (*Ap.*) Estoy turbada.

FÉL. Ven conmigo, que aunque no
mereces finezas tantas,
soy quien soy, y he de librarte.

MARC. ¡Hay mujer más desdichada!

FÉL. ¡Hay hombre más infelice!
(Vanse D. Félix y Marcela.)

ESCENA XIII

FABIO, LELIO, *con luz, y criados con las espadas desnudas.* LISARDO, CALABAZAS.

FAB. Aunque las fuerzas me faltan,
no las fuerzas del honor

para tomar mil venganzas.
LIS. Detenéos, que ninguno
de aquí ha de pasar.
FAB. Mi espada
hará paso por el pecho
vuestro. (*Riñen todos.*)
CAL. ¡Infeliz Calabazas!
¿quién te metió en acechar?
LIS. (*Ap.*) Pues ya Félix se alarga,
antes que aquí me conozcan
mejor es volver la espalda;
esto es valor, no temor. (*Vase.*)
FAB. Espera, cobarde, aguarda.
CAL. (*Ap.*) ¿Quién creyera que Lisardo
en la ocasión me dejara?
LEL. Aquí se quedó uno dellos.
FAB. Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?
CAL. ¡Detenéos, por Dios!
FAB. ¿Quién sois?
CAL. Si es que el miedo no me engaña,
un curioso impertinente.
FAB. Dejad la espada.
CAL. La espada
es poca cosa; el sombrero,
la daga, el broquel, la capa,
la ropilla y los calzones.
FAB. ¿Sois criado del que agravia
esta casa?
CAL. Sí señor,
porque es *un agravia-casas*
que no se puede sufrir.
FAB. ¿Quién es, y cómo se llama?
CAL. Lisardo se llama, y es
un soldado, camarada
de Félix.
FAB. Porque no empiece

por la menor mi venganza,
no te doy muerte.

CAL. Haces bien.

FAB. Y pues alguna luz hallan
mis desdichas, á buscar
iré á Félix. ¡Oh, malhaya
casa con dos puertas, pues
tan mal el honor se guarda! (*Vanse.*)

Casa de D. Félix

ESCENA XIV

D. FÉLIX *y* MARCELA, *á obscuras; después* HERRERA, LAURA *y* SILVIA.

FÉL. (*Dentro.*) ¡Hola! traed aquí una luz.

HER. (*Dentro.*) Ya la llevo, si es que hallan
luz unos ojos dormidos.
(*Salen al paño Laura y Silvia.*)

LAUR. (*A Silvia.*) Ya dentro del cuarto andan,
escuchemos desde aquí.

FÉL. Ya por lo menos, ingrata,
ya por lo menos no puedes
negarme...

LAUR. (*Ap.*) Con mujer habla.

FÉL. En este lance, que eres
mudable, inconstante, falsa,
cruel, aleve, engañosa;
pues á nadie desengañan
más cara á cara sus celos.

MARC. (*Ap.*) Aquí mi vida se acaba.

FÉL. ¿Para esto viniste hoy
á mi casa?

LAUR. (*Ap.*) La que estaba
tapada hoy es, pues le dice
que hoy ha venido á su casa.
FÉL. En mi poder estás, mira
si habrá disculpa. Malhaya
cuanto tiempo te he querido,
cuantas penas, cuantas ansias
padecí, y cuantas finezas
hizo mi amor por tu causa.
LAUR. ¿No escuchas cómo confiesa
que la ha querido? ¿Qué aguarda
mi paciencia?
SILV. ¿Dónde vas?
LAUR. No sé. (¡Ay, Silvia, estoy turbada!)
A escucharle de más cerca...
FÉL. ¡Oh, cuánto con la luz tardas!
HER. (*Dentro.*) Ya va la luz.
MARC. (*Ap.*) ¿Qué he de hacer,
si la trae?
FÉL. ¿No dices nada?
Pero si estás convencida,
¿qué has de decir?
(*Suéltala de la mano; vase retirando Marcela, y Laura viene á ponerse en medio de los dos; él la coge de la mano, entendiendo que es Marcela.*)
MARC. (*Ap.*) ¡Oh, si hallara
por donde irme, que á lo menos
la vida así asegurara!
FÉL. Detente, no huyas, no huyas,
que no quiero más venganza
de ti, que sepas que sé
esto.
LAUR. (*Ap.*) Por otra me habla,
y he de callar mis agravios
hasta que las luces traigan,
y vea que soy yo con quien

está.

MARC. *(Ap.)* Confusa y turbada,
la puerta hallé de mi cuarto;
este sagrado me valga,
pues fué dicha estar abierta.

SILV. ¿Eres Laura?

MARC. No soy Laura.
¿Eres tú, Silvia?

SILV. Yo soy.
¿Qué es esto?

MARC. Fortunas varias.
Cierra esa puerta, y conmigo
ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?
(Vanse, cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA XV

D. FÉLIX, LAURA, HERRERA, *que saca luz.*

HER. Ya están las luces aquí.

FÉL. Déjalas, y afuera aguarda.
(Vase Herrera y cierra la puerta D. Félix.)

LAUR. (*Ap.*) Aquí es ello, ¡cuando vuelva
á verme!

FÉL. En efecto, Laura,
yo soy quien solo guardó
á sus celos las espaldas.

LAUR. (*Ap.*) ¿Qué es esto? ¿Cómo de verme
ni se turba ni embaraza?

FÉL. Solo yo en el mundo traje
para otro galán su dama.
Dí ahora que yo te ofendo.

LAUR. ¡No está la deshecha mala!
Bien te alientas á fingir
la razón con que me agravias;

pues viéndote convencido,
cuando en tus brazos me hallas,
de haberme hablado por otra
á quien traes á tu casa,
prosigues las quejas della
conmigo!

FÉL. Solo eso falta
á mi paciencia ofendida,
que tú agora creer me hagas
que hablaba con otra yo.

LAUR. ¿Pues de qué, Félix, te espantas,
si es verdad?

FÉL. Pues ¿dónde está
la mujer con quien yo hablaba?

LAUR. Si una casa con dos puertas
mala es de guardar, repara
que peor de guardar será,
con dos puertas una sala.
Ya se fué.

FÉL. Laura, por Dios,
que me dejes. Vete, Laura,
que me harás perder el juicio,
si quieres que yo no haya
traídote aquí, porque
estando (la voz me falta)
tu padre fuera, Lisardo...
no puedo hablar.

LAUR. Tú te engañas,
que yo escondida esta noche
en el cuarto de tu hermana
he estado, por solo ver
esto que á los dos nos pasa;
y ella...

FÉL. Detente, que agora
lo veré.—¡Marcela, hermana!

ESCENA XVI

MARCELA, SILVIA.—D. FÉLIX, LAURA.

MARC. ¿Qué quieres? (*Ap.* Disimular
importa, pues informada
estoy de todo.)
FÉL. Dí, ¿ha estado
contigo esta noche Laura?
MARC. Laura conmigo, señor,
¿á qué efecto? Yo mañana
había de ir á estar con ella;
¡pero ella conmigo!
LAUR. Aguarda.
¿No vine esta tarde yo
á pedirte que en tu casa
me tuvieras? Y ¿á la mía
tú?...
MARC. No prosigas, que nada
de eso es verdad.
FÉL. Laura, ¿ves
qué mal te salió la traza?
Estáse esotra en su cuarto
recogida y retirada,
¿y dices que estás con ella?
LAUR. ¿Pues tú, Marcela, me agravias?
MARC. (*Ap. á Laura.*) Sí, que soy primero yo.
LAUR. Pues tanto me apuras, salgan
verdades á luz. Marcela
ha sido... (*Llaman dentro.*)
SILV. A la puerta llaman.
LIS. (*Dentro.*) Abrid, D. Félix.
FÉL. Agora
verás que todo se acaba;

pues tu galán, Laura, viene.
LAUR. Ahí tengo yo mi esperanza.
MARC. (*Ap.*) Aquí se deshace todo.
¡Quién á Lisardo avisara
de mi peligro! (*Retírase á un lado.*)

ESCENA XVII

LISARDO.—*Dichos.*

LIS. D. Félix,
porque ninguno llegara
á seguirme, tardé. ¿Dónde
habéis puesto aquella dama?
FÉL. Véisla aquí; pero primero
que acabe con mi esperanza
el verla en vuestro poder,
me habéis de sacar el alma.
LIS. Hasta agora no creí
que caballeros, engañan,
de vuestras obligaciones,
á los que de ellos se amparan.
La dama que os entregué
os pido.
FÉL. ¿No es esta dama
la que me entregásteis?
LIS. No.
FÉL. ¡Solo aquesto me faltaba
para acabar de perder
la paciencia!
MARC. (*Ap.*) ¡Ay desdichada!
LIS. Si ésta suponéis, D. Félix,
porque os obliga otra causa,
hablad más claro conmigo.

LAUR. Yo de confusiones tantas
os sacaré.—Dí, Lisardo,
¿es ésta á quien buscas y amas?
(*Mostrándole aparte á Marcela.*)
LIS. Esta es.—Si aquí la tenéis, (*A D. Félix.*)
¿qué os ha obligado á ocultarla?
LAUR. (*A D. Félix.*)
¡Mirad si estaba en su cuarto,
recogida y retirada!
Primero soy yo, Marcela.
FÉL. Corrido estoy; esta daga
dé á una vil hermana muerte.
MARC. Lisardo, mi vida ampara.
LIS. (*Poniéndose delante.*)
¿Hermana de Félix sois?
FÉL. Y en quien tomaré venganza.
LIS. Sabéis quién soy, y es preciso
defenderla y ampararla
por mujer.
FÉL. También sabéis
quién soy yo, y que en mi casa
menos que quien sea su esposo,
no ha de atreverse á mirarla.
LIS. Luego con serlo quedamos
bien los dos.

ESCENA XVIII

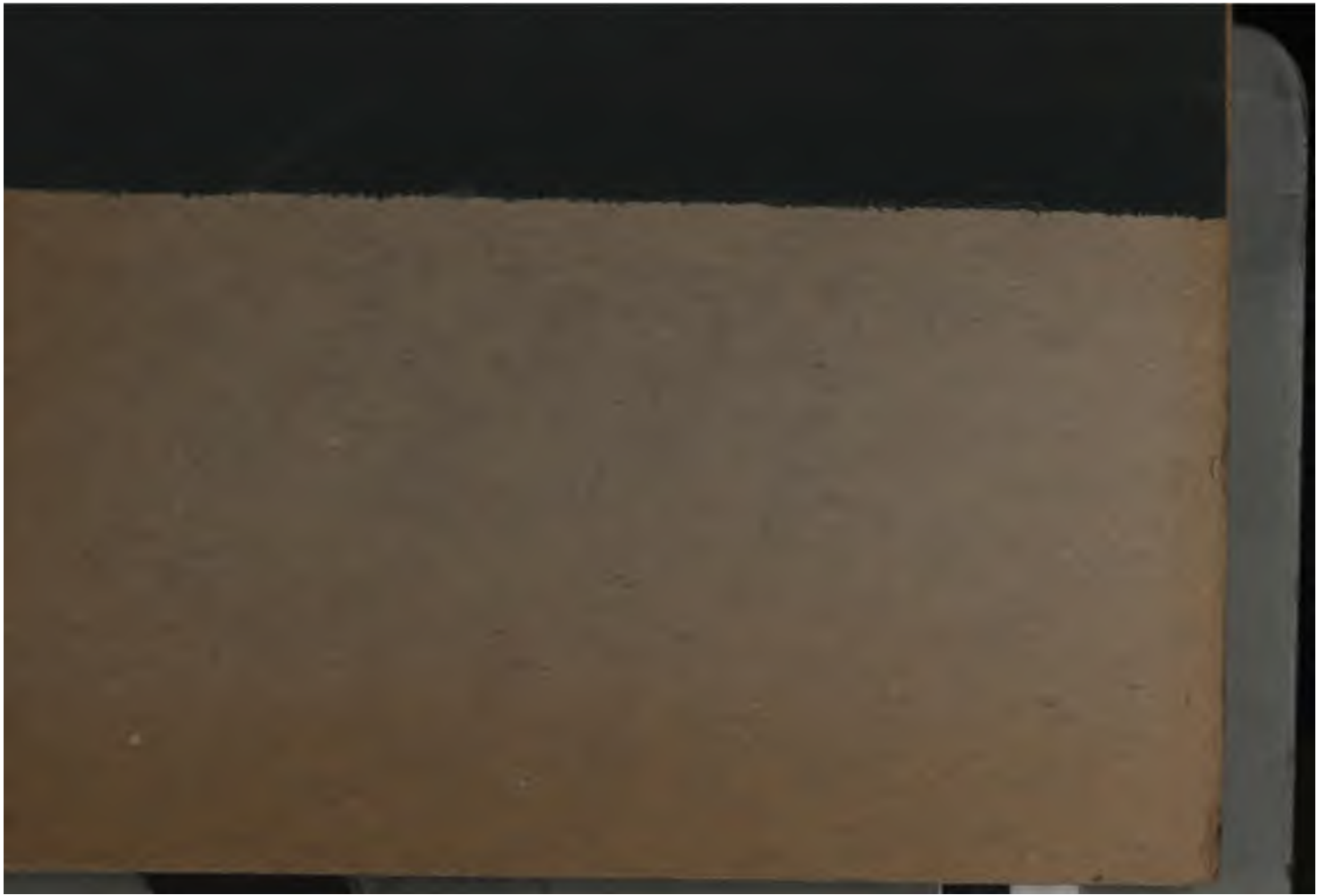
FABIO, CALABAZAS, *criados.*—*Dichos.*

FAB. Esta es la casa,
entrad.
FÉL. ¿Qué es esto?
FAB. Esto, Félix,
es honor.

CAL. *(Ap.)* ¡Qué linda danza
se va urdiendo!
FAB. ¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?
LIS. Yo soy, porque nunca
á nadie escondí la cara.
CAL. (*Ap.*) Nunca la cara escondió,
pero volvió las espaldas.
FAB. ¡Oh, traidor!
FÉL. Fabio, tenéos,
(*Ponénse los dos á un lado.*)
que la cólera os engaña.
El enojo que traéis,
si ha sido la ocasión Laura,
es conmigo, y me ha tocado
como á mi esposa guardarla.
FAB. No tengo que responderos,
si Laura con vos se casa.
FÉL. Pues para que veáis si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura.
Y pues el haber tenido
dos puertas esta y tu casa,
causa fué de los engaños
que á mí y Lisardo nos pasan,
de la *Casa con dos puertas*
aquí la comedia acaba.

FIN

862.3 .C14cgb
Casa con dos puertas maAGQ0074
Stanford University Libraries
3 6105 045 004 442

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book, please return it as soon as possible, but not later than the date due.